



ISLA DE LOBOS.
(Fotografía Juan Caruso)

Centenares, tal vez millares de lobos, refugiados al pie del farallón, de más de catorce metros de alto, donde forman vivero, constituyendo un espectáculo de sumo interés y dramatismo, presenciar la lucha de los machos en la selección.



Estancia Casa Blanca. (Oleo de J. M. Blanes. Museo Nacional de Bellas Artes.)

Uruguay, país sin campesinos. — Al afirmar que el Uruguay es un país sin campesinos no tenemos en cuenta el volumen cuantitativo de la población rural sino el aspecto cualitativo de la misma. Las estadísticas informan que en la actualidad sólo el 15,66% de la población uruguaya vive en el campo (414.000 habitantes en 2.630.000); también podemos comprobar, por el manejo de los números, que hace 40 años el promedio llegaba al 20% y que, en consecuencia, el campo se despuebla paulatinamente.

Nuestra afirmación apunta a realidades más hondas, esquivas a ser traducidas en cifras, sólo mensurables con una escala intelectual.

Los típicos campesinos del Viejo Mundo, enraizados secularmente, en sus parcelas, unidos a la madre tierra por vínculos afectivos y mágicos, dotados de una tradición agrícola que justifica la categoría sociocultural del *homo-rusticus*, casi no existían entre nosotros. La agricultura, en efecto, no constituye únicamente una dimensión económica: es también una condición humana, una forma de vida: Roland Maspétiol, en este sentido, ha proclamado que "la actividad campesina no es solamente profesional; ella inclina a cierta actitud general ante la vida, actitud que tiene sus raíces profundas en la unión del hombre con el suelo. Esta actitud, además de incidir en la labor del trabajador, abarca los órdenes de la conducta y del espíritu; su sabiduría aconseja tanto las formas y las épocas del

trabajo como las relaciones de vecindad. La resignación ante los caprichos de la Naturaleza y el consentimiento del destino mediocre de los mortales (*L'ordre éternel des champs*, 1946, pág. 197).

En los países nuevos, surgidos de la conquista europea del ecúmene, los primeros campesinos transplantados practicaron, en la etapa de adaptación al medio, una modesta agricultura autárquica paralela a la gran hacienda colonial latifundista. Pero una vez creados los estados nacionales, se abrieron nuevas perspectivas. En América, particularmente, se hizo de la agricultura una empresa comercial. Se disponía de algo que faltaba en Europa: una tierra virgen, sin dueños, dilatada hasta el horizonte, siempre ampliada en sus límites por una frontera en marcha tras las carretas desbravadoras. Los americanos de las llanuras del Norte y de las llanuras del Sur, conjuntamente con los súbditos canadienses, comprendieron que su destino de labradores debía circunscribirse a la gran agricultura comercial, al monocultivo especializado, ne-

canizado y destinado al abastecimiento de mercados extranjeros. No importaba que en Canadá la tierra sólo rindiera 1.200 kilogramos de trigo por ha. y que el promedio descendiera a 1.000 en Estados Unidos o a 700 en la Argentina. Lo fundamental era producir rápida y hábilmente, con poca mano de obra y pocos gastos, sin preocuparse por la ulterior suerte de la tierra saqueada, esquilmada, explotada sin amor fíjal, exigida con avaricia caraginesa. El agricultor de estas zonas — pensemos en la Pampa argentina y en la agricultura *champignon* del litoral uruguayo provocada por los tenedores "precios oficiales" — actúa como un empresario industrial. Su vivienda, su equipo y su mentalidad son urbanos. El campo sólo configura el escenario de una actividad que protagonizan los tractores, las segadoras, las trilladoras, las embolsadoras. La tierra no es un fin; es un medio. Para hacerla producir "más y mejor" se la arruina; se aran los potreros de las viejas estancias; se crea una empresa comercial a cielo abierto, devorando en pocos años, con una agricultura

oportunistamente y erosionadora, la salud agrológica del suelo.

El economista alemán W. Rönke ha expresado que la peculiaridad sociológica de la agricultura consiste en que no es un negocio como cualquier otro sino una condición del mundo, una *weltanschauung*. La explotación campesina constituye una "economía de consumo y abundancia" en vez de ser una "economía de lucro y dinero" como muchos aspiran que sea. Repudia a las "fábricas de trigo", a las "fábricas de cerdos", a los *Koljoses* colectivizados, porque, además de representar una "aplicación a la producción orgánica primaria del esquema en que se basa la explotación industrial en gran escala", suponen la destrucción de los cimientos campesinos de "toda estructura social sana".

Y agrega unos conceptos que merecen ser hondamente meditados: "Quien considere que la agricultura es una industria como otra cualquiera, cuando la agricultura campesina es mucho más que esto, ya que representa una forma de vida completa, no tiene derecho a juzgar la huida del campo de modo distinto a como podría juzgar, por ejemplo, la huida de las fábricas textiles, y quien se limita a estudiar los problemas técnico-racionales que le incumben al ingeniero agrónomo, barajando abonos artificiales, tractores y rendimientos máximos, ignorará forzosamente que la agricultura ha

ANÁLISIS ESPECTRAL DE UNA ECONOMÍA CRIOLLA

ANTECEDENTES HISTÓRICO-SOCIALES DE LA PRODUCCIÓN

de cumplir una misión más elevada, a saber: *conservar y realimentar las clases campesinas y la agricultura campesina, reafirmando su sutil estructura económico-social y espiritual, tan difícil de comprender para el profano en cuestiones campesinas*. La espina dorsal de una nación sana no es la agricultura sino más ni más, sino únicamente la de tipo campesino, mientras la no campesina puede ser incluso un peligroso foco patológico". (*La crisis social de nuestro tiempo*, 1956, págs. 258-259).

Si meditamos un sólo instante en los caracteres de nuestra ganadería, advertiremos que su signo comercial, extrovertido, la divorcia más profundamente todavía que la agricultura empresista del dramático diálogo con la tierra materna y nutricia, vinculada al hombre por lazos milenarios de trabajo y comunión geo-social.

Ni el estanciero ni el peón pecuario son campesinos en el estricto sentido del término. El dominio del ganadero sobre el reino zoológico no está compensado por la formación de un paisaje cultural, por la humanización incisiva de la naturaleza. Ser de a caballo y criar animales es herencia de nómadas; y si bien la ganadería comercial y la nómada se diferencian nítidamente, como C. F. Jones y G. G. Darkenwald lo demuestran en su *Geografía Económica*, no por ello el típico criador del Nuevo Mundo supera al peregrino ecuestre de África en adhesión terruñera, en amor al *humus* que condiciona al hombre. Espacio y animales configuran una ecuación que se desarrolla sobre el tapiz gramíneo; no hay una apetencia *chthonica*, subterránea como la Eris de Hesíodo, propiciada por el latido interno de la tierra. El territorio ganadero es superficie, extensión, horizonte dinámico; la tierra agrícola, en cambio, es raíz, es permanencia estática, sedentarismo existencial.

No es por lo tanto paradójico ni desmedido que digamos que el Uruguay, país con muy pocos campesinos verdaderos — los del viejo estilo canario, los de la granja a la italiana, los de Colonia Suiza — es una fácil presa de la urbanización, del incubo ciudadano. Las estructuras económicas y mentales de su sector primario lo orientan hacia la ganancia, que no es lo mismo que el bienestar, y erigen al dinero y a las proposiciones sobre la moneda, símbolos crematísticos de la criticada — y envidiada — ciudad, en los dioses cotidianos e imperiosos de sus devociones. La conciencia ruralista que acaba de surgir tiene, quíerese o no, declinación urbana. No se reclama el renacimiento moral de una ruralidad, de un modo de ser económico y social distinto al ciudadano aunque contemplado por la justicia distributiva en su plenitud creadora y en su autenticidad humana; se pretende llevar el Becerro de Oro al campo, comercia-



Puesto de un capataz de estancia. (Grabado publicado en "El Fogón" en 1901).

lizar el espíritu desinteresado y enemigo de contratos escritos del habitante de la campaña; hacer del gremialismo montevideano un arquetipo egoísta y crear institutos lucrativos en todos los sectores: agropecuarios de la República. Esta es la desastrosa consecuencia sociológica que brota de un ruralismo sin ruralidad, de un campo sin campesinos.

La falacia del subdesarrollo. — Uruguay no es un país de economía vigorosa pero tampoco es un país subdesarrollado. Es, en esencia, un país dependiente en alto grado del mercado internacional en el cual ofrece sus mercaderías en compañía de otros pequeños gritones y aguarda el gesto magnánimo del poderoso comprador que, como el indio de Martín Fierro, "este quiero, es/a no quiero nos elegía con la lanza."

Casi el 90 % de lo que el Uruguay exporta está integrado por productos agropecuarios y el total de sus exportaciones representa alrededor del 30 % de la producción del país. No nos asustemos por los lazos que nos atan al sector primario. Mientras las fibras sintéticas no desplacen a la lana y mientras podamos aumentar la cantidad de ovejas con el correcto manejo de los potreros — y todo lo que hay detrás de un buen potrero — amén de la calidad y el rendimiento del textil, no nos irá del todo mal. El ejemplo de Nueva Zelandia en este sentido es aleccionador y no olvidemos, por otra parte, que la ganadería puede ser un ejercicio altamente democrático y antilatifundista.

Pero valga lo dicho sin olvidar la agricultura de consumo, la agricultura de tipo campesino, de la cual nos declaramos convencidos partidarios.

El concepto de subdesarrollo, un término de moda, no puede aplicarse al Uruguay, país de oferta concurrente pero no subdesarrollado.

Las Naciones Unidas en 1949 consideraban subdesarrollado al país cuya renta media por cabeza fuera menor de 100 dólares. Hacia 1954 las propias Naciones Unidas, por intermedio de sus agencias, calculaban alrededor de 300 dólares por cabeza la renta media nacional. Por este camino, pues, el criterio falla.

El concepto de J. Rose otorga carácter de subdesarrollo a los países con un gran potencial de recursos no explotados: para hacerlo se necesitan técnicos y capitales extranjeros que faciliten la *mise en valeur* (y el imperialismo). El Uruguay no tiene recursos minerales ni petróleo; explotamos las riquezas "renovables" de superficie y nuestro subsuelo, pobre de solemnidad, nos libera con una geológica providencia de las situaciones paracoloniales que afligen la mayoría de los países de América.

Otros autores consideran que no sólo basta recurrir a padrones económicos pues el subdesarrollo también abarca sectores sociales y políticos.

Alfred Sauvy, colocado en esta tesitura plurivalente, ha proporcionado diez tests muy significativos. Empero, la realidad uruguaya no coincide con ninguno de ellos.

El cuadro de Sauvy (*Théorie générale de la population*, 1954, Tº I, págs. 241-242) exige, para que exista subdesarrollo, la conjunción de los siguientes requisitos:

1 — Alta mortalidad, particularmente en el sector infantil. Vida media breve; promedio de 30 a 40 años.

2 — Fuerte fecundidad, próxima a la fe-

cundidad fisiológica o, por lo menos, ausencia de revisión en los nacimientos (*birth control*).

3 — Alimentación insuficiente, inferior a 2.500 calorías, y muy pobre en vitaminas.

4 — Gran proporción de analfabetas, a menudo se gana al 80 % de la población.

5 — Predominio señalado del sector primario (agricultores o pescadores).

6 — Sub-empleo por insuficiencia de fuentes de trabajo.

7 — Sujeción de la mujer que, por otra parte, no trabaja fuera del hogar.

8 — Trabajo infantil a partir de los 10 años, o menos todavía.

9 — Ausencia o debilidad de las clases medias.

10 — Régimen autoritario en diversas formas; carencia de instituciones democráticas.

Si no fuera por el recargo que supone para una nota periodística, podríamos comparar punto por punto los porcentajes y las condiciones uruguayas con los tests de Sauvy para demostrar acabadamente que no somos una república subdesarrollada ni una expresión americana de la "geografía del hambre" descrita por Josué de Castro.

El mito del feudalismo. — Se ha dicho y repetido que durante el coloniaje América soportó un feudalismo tardío, impuesto por los conquistadores europeos, y que en el período republicano esas estructuras feudales pervivieron solapadamente en los latifundios agrícolas (*canaviais*, *Cotton Belt*, cafetales) o en las haciendas ganaderas (hatos, estancias, ranchos, fincas, *fazendas de gado*).

En el Río de la Plata, con inercia haragana, se continúa considerando a la estancia cimarrona como una institución de corte feudal. Más aún, se afirma que la impronta anacrónica del feudalismo pervivió hasta épocas cercanas.

Nada más incierto. En América y particularmente en el Uruguay no existió ningún tipo de feudalismo. Hubo, sí, en el caso de las encomiendas españolas y *sesmarias* portuguesas, elementos de configuración feudal, según la denominación de Sergio Bagú (*Economía de la Sociedad Colonial*, 1949, págs. 104 y sigs.), que fueron neutralizados por los de neto cuño capitalista, a saber: la acumulación de capital, el capital de tipo financiero, la producción para el mercado, la existencia de un pujante comercio — lícito e ilícito —, el carácter complementario de la producción y la presencia del salario (*Op. cit.* págs. 113-127).

En las antiguas estancias uruguayas organizadas luego de la fundación de Montevideo en 1726, si bien existía un núcleo social con caracteres gentilicios o clánicos, el pretendido "señor feudal" enviaba cueros a la ciudad y con-emplaba al puerto meridional como la Meca de sus designios comerciales. Y durante las posteriores etapas del saladero y del frigorífico el carácter empresarial de la estancia se definió con mayor energía, al punto de convertirse en una "fábrica" de carne y lana.

Por su parte, los *senhores de engenho* de la gran plantación brasileña, no obstante haber creado en sus *Casas Grandes* y *Serzalas* — ver la obra homónima de Gilberto Freyre — unidades sociológicas del tipo de la *Gemeinschaft*, tampoco pudieron eludir la producción para el mercado azucarero transatlántico.

La explicación de todo lo expuesto es



Plano del casco de la estancia de don Manuel Correa, en Pirajá, Lavalleja, dibujado por el propietario en 1842. (Museo Histórico Nacional.)

que cuando Europa descubrió el Nuevo Mundo lo hizo bajo el signo y el impulso del naciente capitalismo. Por lo tanto, pese a ciertas apariencias feudales, las estructuras económicas de la Colonia poseyeron entraña capitalista, vocación comercial, aperturas monetarias. La estancia uruguaya del siglo XVIII, un fenómeno tardío en la economía colonial, a despecho de su contextura gentilicia y su aislamiento geográfico nació mirando hacia la ciudad, hacia el mercado ultramarino, hacia las constelaciones abstractas del dinero.

Este eterno mirar — y despreciar — a Montevideo será el destino del ruralismo nacional de todos los tiempos. Y este es nuestro actual destino de campesinos abortados, de comerciantes al aire libre, de in-

dustriales a contrapelo, de productores chambones.

No estamos pagando hoy cuentas de dos o tres generaciones atrás ni pecados de gobernantes inservibles. Pagamos viejas deudas económicas, antepasados estériles de concebir y practicar los trabajos agropecuarios, añejas taras coloniales. Pero que no se hable de la supervivencia de un feudalismo criollo sino de un capitalismo de corte urbano instalado ideológicamente y financieramente en todo el territorio nacional.

Aclarados así algunos antecedentes históricos-sociales de nuestra producción rural podemos iniciar el análisis económico y sociológico de la misma.

Daniel D. VIDART.
(Especial para EL DÍA.)



Corral. (Fotografía de fines del siglo XIX. Museo Histórico Nacional.)

LA empinada reliquia de Pachacámac, en Perú, puede hablarnos de la posibilidad de que algunas colinas y montículos de los Andes, fueran edificaciones de los Incas, cuya civilización adquirió grandes proporciones en la arquitectura y la estatuaria, en la cerámica y la pintura rupestre, y cuyos cálculos de resistencia y equilibrio, evocan, a veces, el formidable ritmo de los constructores romanos.

Opina Beals, que "el grandioso Pachacámac, emplazado en las vertientes de los Andes, a treinta kilómetros al Sur de la ciudad de Lima, fue centro de una vasta región en donde todos los pueblos del reino construyeron sus altares para rendir adoración a sus dioses y hasta donde llegaban los peregrinos desde mil millas de distancia."

Aunque no fuera por los datos, siempre sugestivos, que ofrece Pachacámac para una mitología de los incas, atrae por su regusto de real prehistoria y en aquellas ruinas por las cuales es dable calcular la fuerza demolidora del conquistador y el bravo galope de los primeros centauros, queda, sin paradoja, tanto sólido cimiento, tal disposición entera y dispuesta para los siglos, de graderías y galerías, de puertas soterráneas y trazo de arcadas, como para que nos afirmemos en la magnificencia de la fábrica de esos templos incásicos y en lo que significarían los millares de brazos destinados a elevarlos, a falta de los raudos motores de este tiempo.

Vamos por las amarillas páginas de la



Perú. Ruinas del Templo de Pachacámac.

LA RELIQUIA DE PACHACAMAC

crónica de Cieza de León, para ilustrar nuestras visiones del montículo desde el cual se divisa, en vasta quietud, al mar de América, casi pacífico en estas linderas, en un dilatado azul pálido que se pierde hacia confines que parecen inalcanzables, en grises tonos como de esfumino, dejando grandes manchas luminosas que son las de las islas de guano, el fértil abono de las costas sudamericanas, y emergiendo en débiles trazos, los perfles pueblerinos, el caserío somero, los tejados que se conservan como en las primeras horas de su vitalidad.

"Pasando la ciudad de los Reyes —dice el cronista de Indias— por la misma costa, a cuatro leguas de ella, está el valle de Pachacámac, muy nombrado entre los indios. Este valle es delicioso y fructífero, y en él estuvo situado uno de los más suntuosos templos, el cual aseguran fue el más importante que los incas construyeron, después del templo del Cuzco. Estaba edificado sobre un pequeño cerro hecho de adobes y tierra, tenía muchas puertas pintadas, al igual que las paredes, con figuras de animales fieros".

Templo del Sol, según las más acercadas versiones, que guardaba grandes cantidades de oro y plata, así en su techumbre como en sus bases, pero sin perder sus primitivas y antiquísimas características de morada de Pachacámac, el "hacedor del mundo", demonio poderoso y astuto, que solía conversar con los viejos y cuyo dominio era tal sobre los tahuantisuyos, que le invocaban en todos los momentos de su labor o de su descanso y le ofrecían como exvotos minerales y alimentos, "ya un poco de sus cejas, que soplaban en el aire, ya la coca que estaban masticando, ya una piedrecita, ya un puñado de tierra."

El culto de Pachacámac, anterior al imperio de los Incas, sustituido en éste por el del Sol, no se debilitaría de modo completo, porque en el valle de su nombre, como recuerdan añejas relaciones, la presencia de Pachacámac era imponente y se tenía como decisiva su influencia en el destino de los hombres. "Trataron los incas, por razón de Estado, de subordinarle al culto religioso del dios Sol y aún pretendieron que se le olvidara, pero al fin vinieron ellos mismos a darle importancia declarando que no podía considerarse como supremo dios a un astro que, sin darse punto de reposo, recorría eternamente y por una misma senda las regiones del cielo. Sea como fuere, lo cierto es que Pachacámac vivía en el corazón de los tahuantisuyos a la llegada de los españoles."

Refiere Cieza de León que cuando el gobernador Francisco Pizarro entró en Caja marca y prendió a Atahualpa, teniendo "gran noticia de este templo y de la mucha riqueza que había en él" envió a su hermano el Capitán Hernando, en compañía de valientes españoles, para que llegase a ese valle "y sacase todo el oro que en el maldito templo hubiere". Pero es fama, apunta el cronista, que antes de tal arribo, los indios principales y sacerdotes, habían puesto en salvo más de cuatrocientas cargas de oro "que nunca han aparecido", y si Pizarro halló alguna cantidad del precioso metal y si posteriormente otros exploradores como los Capitanes Ordóñez y Godoy, dieron con sendos enterramientos, la ingenua fe de Cieza cree en la existencia de profundas extrañas áureas en los petrificados cimientos de Pachacámac.

A la vera de esta empinada reliquia existió un templo menor, el de la Luna, "a cuyas puertas —de acuerdo con la crónica de Jerez— había centinelas que tenían la misión de resguardar a las Virgenes, quienes eran hijas de señores, las más hermosas. Estas mujeres, llamadas Mamacomas, permanecían allí hasta viejas y si faltaban a su misión recibían la muerte o eran ente-

rradas vivas, lo mismo que el hombre."

Pero al tiempo de destruirse los ídolos de Pachacámac, casi nada quedó del templo de la Luna, reconstruido al presente, con sus departamentos de luz cenital, como los en que aquellas vírgenes se dedicaban a tejer y pintar las telas sacras y ocuparse del cocimiento de la chicha que se consumía en los ritos.

Bañado por las ondas pacíficas, y regado, en parte, por el río Lurín, demora el pueblo de Pachacámac, un tanto como en sus días primitivos, y aún cuando ya lejano de la superstición y de la idea del milagro, no deja de pensar en el prestigio fecundante de Pachacámac que da nombre a valle tan fructífero, rico en forrajes, con abundancia de cañaduzales, ganadero y pintoresco; defendido por ágiles arboledas, y abierto a horizontes marinos que recotan la figura de pequeños veleros, mientras por sus avenidas de grama cruzan, con frecuencia, el viajero ecuestre.

Augusto ARIAS.

Quito, 1959.

(Especial para EL DIA.)



Pachacámac: Reconstrucción del Templo de la Luna.

RECUERDE U.D.

MODERNOS PLACARES!!
PARA COCINAS

ADAPTABLES A CUALQUIER TIPO DE PILETAS NACIONALES Y EXTRANJERAS

ELÉGANTE Y FINA TERMINACIÓN

EN VENTA EN LAS BUENAS CASAS DEL RAMO

ES OTRO PRODUCTO DE
Establecimiento Industrial y Comercial JAMIL ISSA
TTY 1824 - TELÉFONO 500261

El mejor esmalte para cualquier superficie

DENVERLUX
UNA MANO VALE POR CUATRO!

CLERICETTI & BARRELLA S.A.
RINCON 729

ERWY SCHOOL



INSTITUCION DE ENSEÑANZA DE INGLES - ESPAÑOL
Secretariado, Secundaria, Primaria, Nursery para niños, desde 2 años.
Pupils — Pupils — Externos
Horario de 10 a 13 y de 17 a 20
Ing. Luis P. Ponce 1324 - Tel. 41.28.88

MAIU. Parece que se tratara de las cuatro letras de un *mantram*, la sílaba sacra que abre la puerta de las iniciaciones, en algún misterioso rito esotérico. Y es sólo la onomatopeya del idioma gatuno, idioma milenario, maullido que atravesó los siglos con el escalofrío imperioso de una especie zoológica que, aunque domesticada, guarda celosamente el enigma de sus orígenes.

Porque el gato tiene una majestad antiquísima. Acaso por la sobrevivencia de una oscura memoria de sus tatarabuelos egipcios esculpados en tumbas faraónicas, cazadores de alcurnia de las ratas intrusas y dañinas, huéspedes sagrados de los templos, remotos, intocables, venerados por el pueblo que los identificaba con la diosa lunar.

Quien se deleita hoy con las gracias movilizadas de un gato joven o con la placida amistad del gato adulto, pocas veces piensa en su larga biografía, y esa fue la hora de su introducción en los templos. En Tebas, en Menfis, en Luksor, la esfinge se repite, como un índice elocuente de la reverencia que se le profesa. En los hogares donde moraba un gato, los moradores se afeitaban las cejas en señal de duelo. Y el que atentara contra el animal divino, respondía con su vida del ultraje. Prueba el aprecio en que los egipcios le tenían, el hecho de que se le embalsamara y momificara como a sus señores. Y el Dr. Fernand Méry, autor de un documentado libro, "Su Majestad el Gato", cuenta que hace apenas sesenta años, se descubrió en Beni-Hassan un cementerio de 300.000 gatos embalsamados, vestigio arqueológico precioso que fue lamentablemente arrasado, conduciendo las circunstancias a que se les vendiera como abono. Y comenta con indignado asombro: "Veinte toneladas —veinte mil kilos de gatos egipcios admirablemente conservados— fueron transportados a Liverpool y la casi totalidad, cedida a los labradores a cuatro horas la tonelada, se mezcló con la tierra inglesa como el más prosaico abono!". Y del otro lado del Atlántico que aun no se llama Atlántico, en una costa occidental de la América no descubierta todavía, otro grupo humano también venera al doméstico felino: son los Mochicas, que, como afirma Larco Hoyle, lo tuvieron entre las divinidades supremas. Estilizado como elemento decorativo, se convirtió en una figura geométrica fantástica en los ceramios peruanos. Pero su predominio egipcio de mil años concluyó con el advenimiento del cristianismo, que ensalzó al perro, considerado hasta entonces por muchos pueblos antiguos como animal impuro, y la superstición condenó al gato a las hogueras inquisitoriales, porque se veía en él a un emisario infernal, encarnación demoníaca, amigo de hechiceras y asistente al sabbat. Víctima sin culpa de la ignorancia popular, poco le quedó de su antiguo rango; fue un paria, un perseguido, hasta que las invasiones de ratas en Europa, venidas clandestinamente en los barcos que volvían de las Cruzadas, lo hizo necesario y útil. Su calvario es una alternativa de regalonerías y vejámenes, según el orto o el declive de su suerte, en función de su mayor o menor utilidad; siglos torvos para el pobre gato, bien lejos del lugar que le había asignado Mahoma en su paraíso. Hay una injusticia tradicional, un viejo prejuicio; en la Biblia, donde se le cita una sola vez, en el Libro de Baruch, es para representar la traición y la mentira. Pero, en cambio, la leyenda birmana que lo ensalza, termina maldiciendo a los matadores de gatos, a quienes "nada puede calmar el alma torturada por toda la Eternidad".

La esfinge doméstica

Se fue desvaneciendo la negra fábula, se fue olvidando la vieja malquerencia, y en el siglo XVIII lo hallamos convertido en todo un personaje; volvió a participar de la vida hogareña, fue adorno en los salones, y hasta llegó a tener prestigio literario y artístico. Muchos gatos tuvieron un sitio en la posteridad porque sus dueños fueron ilustres: el último gato famoso que se embalsamó fue, en 1370, el de Petrarca. Hombres de Estado, como Richelieu, Luis XV, Colbert, Disraeli, Poincaré, grandes literatos como Montesquieu, Taine, Barbey d'Aurévilly, Teófilo Gautier, le dieron afecto y simpatía preferentes. Y "Hodge", el gato de Samuel Johnson, al que el eminente lexicógrafo del siglo XVIII salía a comprarle personalmente las ostras del almuerzo, o "Foss", del escritor Edward Lear, de la época victoriana, son popularísimos en los anales de la Isla; pero el de más celebridad en la historia inglesa es el gato de Richard Whittington, que vivió en el siglo XIV y fue fundador de la Bolsa de Londres; fue su mascota y solía atribuírsele la suerte



Una expresión de femineidad inocencia: ¿quién se atrevería a desconfiar de ella?

por la "Gatomaquia" de Lope de Vega, el clásico libro de Moncriff, el de la inglesa Margaret Cooper Gay, "Cómo vivir con un gato", el ya citado de Méry, el de Marcel Uzé sobre "El gato en la naturaleza, en la historia y en el arte"; o aquellos de índole decididamente literaria, decididamente poética, como "Gatos sobre los techos de París", de Delteil, o el "Old Possum's Book of Practical Cats" de T. S. Eliot. ¿Y cómo no aludir a los poemas sobre gatos, de Baudelaire, vueltos cita obligada para el tema, o al sonetino de Verlaine que comienza "Elle jouait avec sa chatte", o la li da "Canción del gato que duerme" de Tristán Elingsor, en la que juegan a la ronda los ratones mientras el enemigo ronca beatíficamente? Desde aquel ingenioso, diligente y adicto "Gato con botas" del cuento de Perrault, o el mágico y avieso gato de Cheshire que se desdibuja a voluntad en el aire y aperece y desaparece según su humor tornadizo, en "Alicia en el País de las Maravillas", hasta el espectral del relato escalofriante de Poe, los gatos abundan en las narraciones literarias tanto como en el folclore japonés, que ha dado estampas prodigiosas de sutileza artística.

Que los gatos no son para tomar en broma, lo demuestra un debate de hace pocos años en la Cámara de los Comunes; allí, en el solemne recinto, sin asomo de sonrisa, con esa absoluta falta de humor que acaso sea en esencia el tan mentado "humor" británico, gravemente se trabó discusión sobre el subsidio del gobierno a los gatos

del Correo de Irlanda del Norte. Porque en Inglaterra los gatos a los que se da en algunas oficinas la misión de tener a raya a los roedores, reciben sueldo del Estado —que no todo ha de ser para los empleados públicos. En el famoso "Victory", es una gata, "Minnie", la que recibe a quienes visitan el barco; y al conmemorarse dos siglos del nacimiento de Lord Nelson, pudo verse a todo un Comandante de la Armada inglesa tomarse de la cola de "Minnie" y dejarse conducir por ella, mientras la marinería rendía honores al visitante. Y todos serios.

A esta altura, ¿se dudará de nuestra inculcable debilidad por los gatos —que no excluye por cierto a los perros de nuestra simpatía? Viendo jugar a uno de estos micíficos, comprendemos perfectamente la razón y el alcance del verbo "engatusar": comprar por el mimo, el afecto, la zalamería. El gato es maestro en tales conquistas. Independiente se le llama; pero no es menos cierto que el cariño lo ata, y hay un recíproco lazo entre el amo dispensador de odas y caricias y el morrongo que se le acomoda en las rodillas, suave, peludo, tibio, ronroneando su satisfacción perfecta. Juguete vivo, pequeño, parece indefenso, y es él quien domina la casa toda. Una hora que se mueve lo sobresalta, una brisa que sacude la cortina le estremece los nervios, un ruido insólito le llena de congoja el corazóncito, una alegría súbita desata carrares frenéticas. Gracioso y solemne, ingenuo y travieso, ágil y cómodo, perezoso y ágil, un poco misterioso, su elasticidad encierra una contenida armonía. Gatos sedentarios, bien alimentados, que desconocen la odisea de sus congéneres famélicos y desheredados, los sin techos, los errantes, a quienes sin embargo no olvida la providencia, bajo la forma de alguna mujer generalmente vieja, generalmente pobre, que en cualquier rincón de cualquier ciudad del mundo, sale a dar de comer a sus pequeños vagabundos. Mimados o miserrables, tienen una chispa secreta en la mirada, y la fosforescencia de sus pupilas parece penetrar en una zona vedada al entendimiento humano. Su fábula habitual nos lo muestra como un garabato alucinado que se recorta sobre el disco de la luna llena: gato de los tejados, gato errabundo que oíó acaso su milenaria estirpe, sobresaltado por su propia sombra, tal vez no envidia a sus hermanos cómodos y apulentos, porque es suya la total libertad —aunque ser libre también sea estar solo.

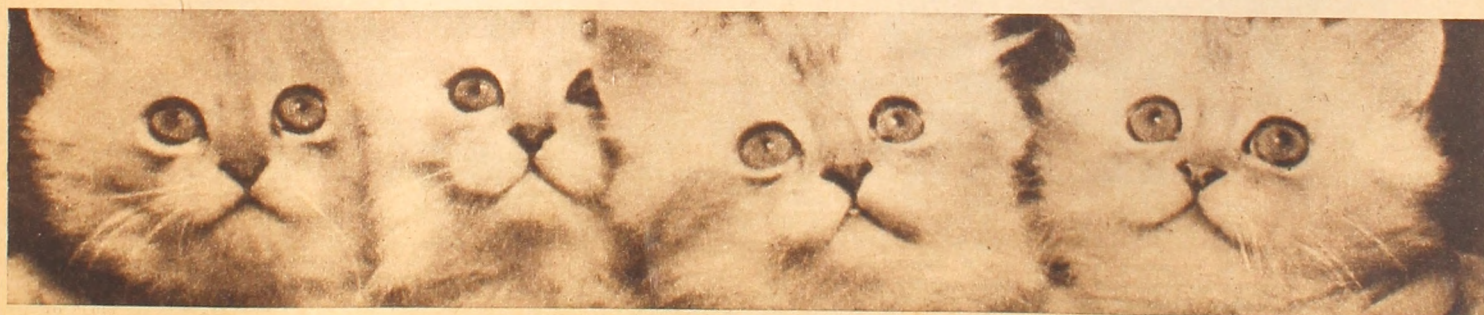
Nos gustan los gatos. Nos gusta hundir los dedos en el largo pelaje sedoso, y sentirlos al lado confiando en nuestro amparo. Podrá comprendernos mejor quien haya tenido alguna vez un minimo arrullador que le haya mirado extático con una larga mirada fija y dorada.

Desde hace algún tiempo, cuando escribimos —como en este momento— se acomoda entre nuestros papeles, contemplativa, absorta —como lo hizo antes "Riquet", que hoy, ya viejo, desdeña los libros, fruto de experiencia que procuramos desatender—, una bolita peluda gris y blanca, que sigue atenta y nerviosa el movimiento de la mano, y a veces estira una pata menuda para jugar con la pluma que al correr destella bajo la luz; gatita cándida que nos mira con adoración, cómicamente seria, como si adivinara que nos ocupamos de ella. Se abre de nosotros, sin duda. No se lo reprimamos. Se estira, bosteza, enseña unos dienteillos minúsculos, y al sacudir la cabecita linda, suena como un reproche el tintineo dulce de los cascabeles prendidos a su collar.

Y se queda dormida bajo la lámpara.

Dora Isella RUSSELL.

(Especial para EL DIA).





Botticelli: Madona con el Niño y San Juan Bautista. Museo Cívico de Piacenza. Fotografía tomada durante la restauración. Istituto Centrale del Restauro, Roma.

¿CUANTOS son los cuadros de nuestros museos —y en general de los museos del mundo entero— que han escapado a la intervención del restaurador? Muy pocos, poquitos, y ello se lo agradezco si tal trabajo no significase (como puede significarlo muchas veces) peligrosa intervención, desconocimiento del valor tiempo, fraude.

Hemos colocado con toda intención esta palabra para que nos de n'amos un momento sobre un asunto que tiene más significado y consecuencias de lo que en un primer momento podría pensarse.

Cuando un restaurador, en un cuadro de Blanes, enfrente con el problema que le plantea la desaparecida mano de un personaje, busca y rebusca entre papeles y fotografías, estudia otros cuadros similares del pintor y, finalmente, pinta la mano al buen señor del cuadro, este restaurador está cometiendo un fraude. Es fraude porque es su intención hacer que nadie se dé cuenta de que esa mano es suya y si, por el contrario, que lo es de Blanes; a ello tendió su esfuerzo y tanto más satisfecho queda de ello cuanto más hondo ha calado en el engaño. Es este, nuestro hombre, un mal restaurador.

No va aquí hecha una acusación personal, no se trata de mortificar a tal o cual artífice, se trata sí de hacer ver cuán equivocado es un procedimiento que ha estado en boga —muy lamentablemente— demasiado tiempo y cuyo perjuicio en el campo de las Bellas Artes ha sido calamitoso.

Digamos de inmediato que un cuadro al óleo no se restaura con óleo y que un afresco no se restaura con pinturas al fresco.

Cuando estamos frente a un cuadro de Rafael, queremos ver Rafael; no nos interesa ver la mano del restaurador que imitó el estilo del maestro de Urbino; preferimos ver un fragmento a ténico que estur

LA RESTAURACION EN PINTURA



Pintura que decora una de las salas de la Villa de Livia. La decoración de esta sala se conserva en su totalidad en el Museo Nacional de Roma. La restauración así como el desprendimiento de los muros fue hecho por el Istituto del Restauro. Obsérvese abajo a la izquierda un rectángulo dejado como muestra del estado en que se encontraba la pintura antes de ser restaurada.



El cuadro de Botticelli después de la restauración. Compárese con la otra fotografía: en esta restauración no se ha usado pintura al óleo; las partes que presentaban lagunas en el cuadro fueron cubiertas con acuarela y está aplicada en forma de rayado. Istituto Centrale del Restauro, Roma.

ante un cuadro donde se convierte en una difícil adivinación el reconocer las partes originales de las que no lo son.

Esta incertidumbre es la que nos hace perder tantas veces el placer de la contemplación de muchos cuadros; la duda, creada por los arbitrarios sistemas de restauración, es una espina que no nos permite la total entrega al goce estético. Es el escepticismo que nos gana cuando en un museo de esculturas antiguas, después de leer en el catálogo: "Restaurada" o "Muy restaurada", un velo de indiferencia envuelve el ánimo substrayéndolo o toda emoción que pudiera venir de lo verdaderamente auténtico que se muestra en el museo.

Un cuadro es un documento al cual se atan circunstancias de tiempo, de medio ambiente, de estilo, de técnicas; cualquier disciplina —historia, sociología, medicina— puede encontrar en él un testimonio de alto valor para sus estudios. Y así como no admitimos la adulteración de un documento escrito —no fuese ello más que para reescribir lo que el tiempo ha cancelado o debilitado— tampoco debemos admitir la adulteración de un documento gráfico.

El concepto y las disciplinas de la restauración se han ido modificando con el correr del tiempo. Hoy se ha convertido en una ciencia que como todo trabajo inteligente del hombre, hecho a base de un contradecir la verdad, es de un interés apasionante. Recién en las últimas décadas se ha incrementado y difundido el verdadero concepto de restauración, es decir, la conservación y puesta en evidencia de lo auténtico de un cuadro, evitando al máximo toda intervención y ésta haciéndola claramente visible.

No faltaron en épocas pasadas espíritus sensibles que midieron en todo su valor el problema de la restauración hecha a base de imitar y rehacer y captaron la verdad tan simple que está en la base de la moderna teoría y que pese a su niñez ha sido de tan difícil aceptación por gran número de personas allegadas a estas disciplinas.

Veamos algunas frases de Luis Crespi, pintor boloñés que vivió entre los años 1709 y 1779 y que dejó una interesante obra sobre la vida de pintores titulada "*Felsina Pittrice o sia dei pittori bolognesi non descritti dal Malvasia*", Roma 1769.

"Sentado por verdadero e incontestable... que es imposible imitar perfectamente las tintas por lo que siempre se llega a reconocer el retoque y lo rehecho, será mejor, según mi sentimiento, gozar intacto lo poco que queda virgen y puro que gozarlo discordante con el retoque y el daño; porque al verlo maltratado por el tiempo, al fin y al cabo, no podemos lamentarnos sino del tiempo mismo, el cual

"*Ogni cosa quaggiù gus'a e corrompe*" (Toda cosa aquí abajo daña y corrompe) o de la poca atención de quien lo hizo hacer ya que no usó de las necesarias cautelas para que se conservase; o del descuido en custodiarlo de quienes de mano en mano se lo transmitieron, lo cual es deplorable. Pero lo es menos en esta forma de lo que pueda significar el querellar con la ignorancia de quien ha puesto la mano en ello, del coraje repudiable de quién lo hizo y de la desventura de haberlo voluntariamente redidido —para el ojo inteligente— a mal estado.

Yo repetiré que jamás aconsejarían a alguien que permita poner las manos en obras tales, y mucho menos tendría el coraje de hacerlo yo mismo. Ahora sí, si pudiese "*con estas y con mejores razones con hablar expedito y clara voz*" hacerme oír de todos aquellos que poseen alguna obra de insigne maestro, quisiera aconsejarles por cuanto más caro tengan en el mundo, de observar aquel cuidado (para común gloria y ventajas) que no deja a ninguno poner manos en ella."

Claros e inteligentes conceptos vertidos por Crespi en una carta sobre restauración escrita a F. Agarotti hace casi dos siglos.

¡Qué poco se ha caminado en ese tiempo en este delicado terreno! Todavía hoy se hace alarde de técnica para engañar el ojo. Restaurar no es pintar hacia atrás, imitando procedimientos pasados cuyos frutos siempre están impregnados de imponderables contemporáneos, ni es rejuvenecimiento del color para llevarlo a un hipotético —y por demás indemostrable— estado primitivo; restaurar es asegurar la transmisión al futuro de la obra auténtica tal cual llegó a nuestras manos. De aquí que el no total conocimiento de los procedimientos usalos

en un cuadro —v. g.: la pintura romana, etrusca, flamenca— es un obstáculo fundamental para la restauración, pues aún en los casos en que se conoce la técnica la restauración no se hace con esa misma técnica. Ya hemos dicho que un afresco no se restaura al afresco, como no se restaura con témpera una pintura a la témpera; cuando así se hiciese se caería en un grave error.

En restauración, como en toda otra disciplina, ha de tenerse siempre presente que es mejor no obrar que obrar sin los debidos conocimientos.

Cuando los restauradores son respetuosos de la obra que llega a sus manos, reducen al mínimo su intervención en el cuadro dejando patente la obra original y hacen perceptible con honestidad y conciencia la propia intervención, entonces es que podemos llegar ante un cuadro y gustarlo en plenitud —así no quede de él sino pocos fragmentes— sin tener que decir con Boito, célebre precursor de las modernas teorías de la restauración, refiriéndose a los antiguos métodos: "Prefiero las restauraciones mal hechas a las restauraciones bien

hechas. Mientras aquéllas por gracia de una benéfica ignorancia me dejan claramente distinguir las partes antiguas de las modernas, éstas, con admirable ciencia y astucia haciendo parecer, antiguo lo que es nuevo, me ponen en tal perplejidad para juzgar que el placer de contemplar el monumento desaparece y el estudiarlo se convierte en un trabajo fastidiosísimo."

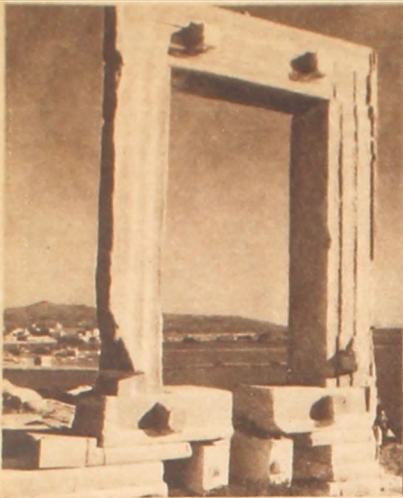
Luis BAUSERO.

(Especial para EL DIA.)



Antonello da Messina. La Anunciación, del Museo de Mesina. Esta obra varias veces restaurada según antiguos procedimientos, lo fue últimamente por el Istituto del Restauro permitiendo poner de relieve toda la gracia y pureza del gran pintor siciliano.

GRECIA: Aspectos



Vestigios del templo de Dionisios en la isla de Naxos.



Restos del templo de Apolo en increíble paisaje de Delphi, en la Focida.

HAY, normalmente en las gentes, una evidente falta de seriedad para la utilización cotidiana y no muy a propósito de términos altisonantes; si algunas palabras encierran conceptos profundos, lo cierto es que, por su uso desmedido o por la continuidad incontrolada del uso, se abaratan las ideas que encierran y hasta pierden significado. Así, por ejemplo —y es a lo que iba— decir "Grecia inmortal" es, injustamente, un lugar común. Pues bien: admitamos la expresión con todos sus riesgos: pensemos un poco en ella. ¿De qué se trata? ¿Qué quiere decir?

Pues quiere decir muchas cosas; por esa expresión puede alguien —y es lo corriente— referirse a todo lo que, en el campo de la política, de las ciencias o de las artes aportaron los griegos antiguos. Ya hay bastante, si nos contenemos dentro de los alcances de la acepción anotada. Pero todavía hay más; y lo hay aunque nos quedemos en esos límites. Porque al decir "griego antiguo" parece que siempre nos referimos al contemporáneo de Pitágoras, de Pericles o de Aristófanes, en un entorno de pocos siglos; tampoco es justo.

Y hay, todavía, por lo menos otro punto de vista para advertir otros grados de esa



Viejos olivares en algún lugar de Atica.

inmortalidad: es el que puede caber si ella se pesquisa desde Grecia misma, que es muy distinto del que nos es posible considerar a distancia y con la vista puesta en los libros.

En lo hondo, parece admitir que Grecia tiene una vida esplendorosa en un pasado que se cuenta hacia atrás del inicio de nuestra era; que luego —dominaciones mediantes— todo eso se apaga y que Grecia vegeta todavía; y que si se impone en la consideración universal es a cuenta de ese período cuyo saldo positivo disfruta el mundo desde hace más de veinte siglos. Todo lo que dio la Grecia bizantina, todo lo que puede significar el rico folklore peninsular, herencia de dominaciones, ha quedado desvenecado por estimación tan apresurada. Todavía, más: la Grecia actual sería, como consecuencia, un ámbito de fuerte cuño romántico, asiento de ruinas solemnes y de un paisaje excepcional; buen lugar para pereos intensos de turistas sentimentales y poco frecuentadores del sol. Por cierto, la fantasía rememorativa a que la admiración incondicional lleva, le ha jugado a Grecia una mala pasada. Ir a Atenas puede significar algo así como una peregrinación. Se habla de Atenas; se incluye en el nombre, una cálida referencia a su Siglo de Oro, se acuerda uno de nombres ilustres y se llega allí pretendiendo encontrar el asiento que, para una mentalidad moderna, debe ser el correspondiente a tanta fama y tanta grandeza.

—“Los griegos, ¿sabe Ud?, una gente con túnica blanca y nariz perfecta, que se paseaban dialogando sobre problemas filosóficos entre mirto y columnas de mármol; y Atenas...! Era la ciudad más hermosa; y llena de estatuas. ¿Se imagina, Ud.? Además, el asiento de la democracia. Y, por si fuera poco, con costumbres algo disipadas...” Pero la verdad es que el viajero que, con todas esas apetencias ridículas, llegaba a la Atenas de hace unos años, se encontraba con una ciudad chata, algo provinciana, salpicada de ruinas poco espectaculares y de algunos edificios que imitaban en el mejor balbuceo novecentista, los viejos estilos del pasado. Hoy la cosa ha cambiado; la ciudad ha adquirido otro ritmo más vivaz; la construcción moderna va ahogando afortunadamente las imitaciones prepotentes que, además, son como tales, muy puras; las excavaciones metódicas, serenas, organizadas, permiten definir imperativa seriedad a las ruinas. Pero esto calmará mucho menos la expectativa del viajero ávido de falsas emociones viejas; en rigor se acentúa la falta de coincidencia con lo que contra toda lógica él presume. Porque presume entre otras cosas, que la Atenas que conoce por los libros de historia, la de la época de Pericles, aquella del período de máximo esplendor, fue cosa muy distinta de lo que en realidad era; y no parará en comparar fechas de ruinas; no admitirá que la antigua ciudad de Sóforles resultaba, de cierto, desordenada, sucia, y en su mayor extensión, pobre y sin interés espectacular. Pero, claro, esta reacción es inevitable y al fin proviene de una muy lata y errada acepción de lo que, por inmortal debe entenderse. Peor será entrar a Tebas o a Argos, con el inevitable recuerdo de Píndaro o de Agamenón y de todo lo que esos nombres significan, para encontrarse con mayor y más estable provincianismo, con una secundonería sin redención. Hasta parece que poco vale recordar que, indudablemente, Tebas fue arrasada en la antigüedad, antes de la era cristiana y que no hay seguridad de que, entonces, ya presentara algún interés, como ciudad, para la apetencia cinematográfica de la imaginación pervertida del hombre de hoy.

¿Pero es que hay alguna otra inmortalidad que la que corresponde a la vigencia de las ideas y de las obras artísticas del pasado? Pues sí que la hay y tiene los mismos atributos. Lo cierto es que una cosa no alcanza la jerarquía presunta de inmortal porque resulte estanca, detenida, estable. Esa calidad la obtiene de su vigencia, de su perenne vitalidad. Una forma de no morir es mantenerse conteniendo capacidad de vida eterna; y para vivir algo, se ha de transformar y acompañarnos en nuestro devenir continuo. La filosofía, la literatura, la plástica griegas de ese pasado, son tanto más inmortales por todo cuanto han dado y siguen dando para el desarrollo de las disciplinas que ejemplifican. Lo son como semillero fecundo y porque no detienen sino porque ayudan, generosamente, a la evolución; por todo lo que de ellas se obtiene; no porque coartan. El peso de la historia —maravillosa aunque limitada en



Vista general del Acrópolis de Atenas; en primer término

el interés, porque es mucho más apasionante todavía si se adopta en la extensión que tiene— ese peso, repito, debe sentirlo Grecia como grado de responsabilidad frente al mundo. Pero ese mundo se le enfrenta enamorado de errores. Grecia está más cerca de su realidad; por eso marcha adelante y vive; y vivir y desarrollarse así a pesar de todo, es una aventura emocionante.

Lo que ahora nos interesa es ver, —dentro de tanta audacia aparente de comportamiento—, cómo ponerse en el tono actual no ha implicado, para la Grecia de hoy, negar u olvidar sus orígenes. Cómo desarrolla y hace vivos los más finos hilos de la tradición. Cómo se acomoda en el ámbito eterno —ya no antiguo ni moderno—; con qué cariño admite la vecindad de los viejos testimonios salvados de las penurias de la destrucción.

No es cosa de ir a Grecia para echar una mirada rápida sobre los objetos y el paisaje, si uno quiere, realmente, ahondar en lo pasado, a través del presente. Porque al fin, resulta estúpido ir a pesquisar lo imposible. Ni la Atenas que vulgarmente se imagina, ni la que la docta investigación supone. No puede uno, siquiera, ir a buscar, dentro de ella, determinada versión del Acrópolis. Porque lo que allí arriba queda es una suma de ruinas y ellas corresponden a distintos períodos y a varias circunstancias.

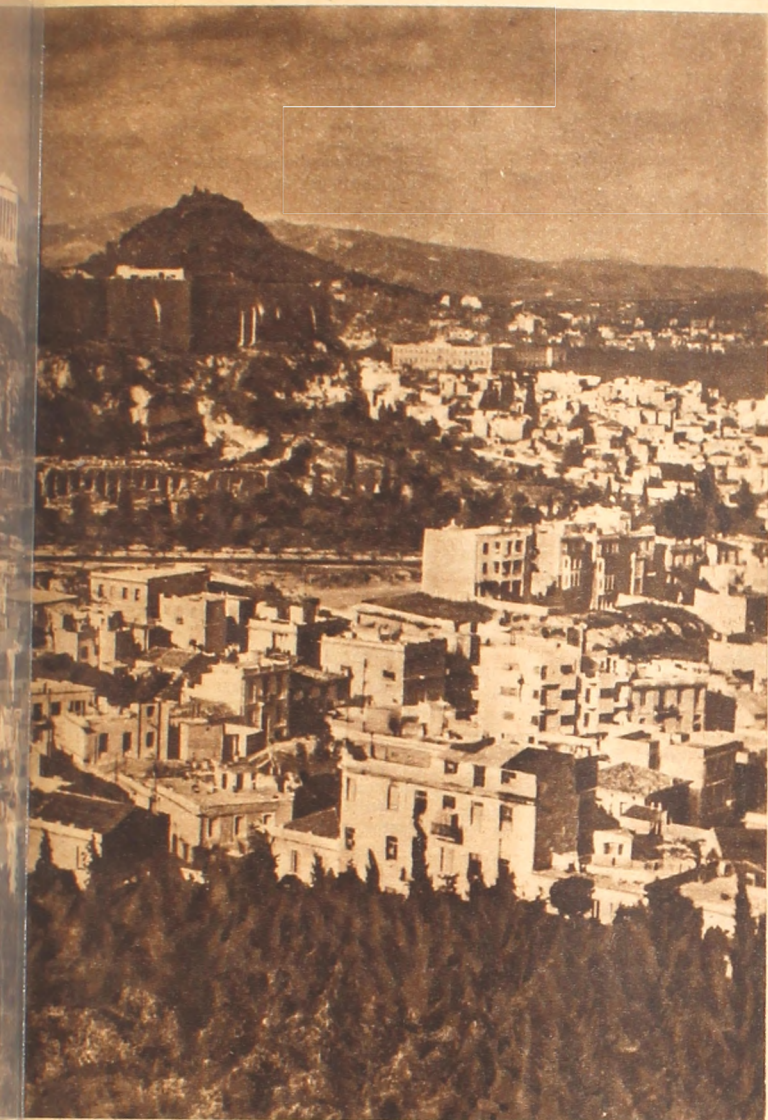
Hay, también, una historia del Acrópolis. Es un lugar sobre el que el tiempo gravitó

fuertemente. Y no ese tiempo que hoy conocemos, respetuoso de lo que hay y sólo capaz de envejecer sabiamente, sino otro que no dudaba en transformar antiguos edificios para distintos usos; o en quitar o agregar. Si uno quiere imaginarse lo que fue el sitio sagrado en la época de Pericles, más le vale una reconstrucción gráfica que una visita; porque allí arriba, todos los testimonios del tiempo que sigue a aquella etapa, fuerzan como una realidad. Más aún: están incorporados al perfil ya admitido de la colina. El Acrópolis de hoy es, también él, cosa de hoy. No se compadece de un determinado período del pasado, porque tiene muchos pasados y tiene todavía, este su presente, que lo hace sitio de peregrinación o propuesta museística o, simplemente, un lugar maravilloso donde todo lo que a la imaginación y a la emoción compete es dable con exceso imprevisible.

Vivir es cambio; y la inmortalidad es una de las formas más audaces del vivir.

Pero ese cambio es tanto más valioso y más justo porque mantiene una relación precisa con lo pasado. Y esa imperativa propuesta le da el tono solemne de la eternidad. El Acrópolis será distinto. Y fue siendo diferente a través de los siglos. Pero sigue como el maravilloso acento que siempre fue de la ciudad. Si uno quiere observarlo desde determinado siglo, siempre le sobran y le faltan cosas. Pero es siempre el centro de Atenas. Antes lo miraban con res-

e la Inmortalidad



...te de la ciudad actual; al fondo Licaheo.

no religioso; hoy esa razón no existe y se ha sustituido nada menos que por el amor condicional; y por él, también atrae nuestras miradas. La ciudad se extiende y se levanta, acuciada por las respetables necesidades del tiempo actual, pero se adecúa al objeto que merecen la roca y los monumentos que contiene, más pequeños en dimensiones que en esa otra grandeza más admirable, que supera toda comparación de épocas. Todo eso se mantiene y es el otro aspecto de la inmortalidad que se advierte de adentro, cuando allí se vive un poco; siempre es poco si el interés que se desata anula toda preocupación relativa temporal. No vale, por lo inútil de la empresa, ir a Grecia para encontrarse con objetos que existen ya en su reconocida condición histórica; todo ha ido adquiriendo otra dimensión. Pero todo también tiene el sello de la perennidad. ¿Paradoja? ¿Qué va! Es en el conocimiento del pasado y en la búsqueda de ese pasado a través del presente, otras cosas hay que no sólo los textos y las piedras patinadas. Acompañadme a la isla de Creta y os mostraré cómo, a través de los trajes modernos — y a veces bastos — se descubre algunas mujeres y en no pocos hombres, una fina cintura que denuncia las pinturas y las esculturillas de la muy anciana cultura egea como definitoria de una anatomía.

No falta quien imagine, mirando las imágenes que quedan con más de tres mil años de edad, que esa increíble estrechez del cuerpo se debe a la incisiva intención deformatoria — ¿no lo llaman estilización? — de los artistas de entonces. No hay tal. Ahí se encuentra, con el mismo afán de persistencia que puede advertirse en el rostro del florentino actual; más de una vez puede uno creer, en la Toscana o en la Umbria, que alguna campesina o cierto gañán, encontrados al azar de un camino son los imposibles modelos de algún pintor del siglo XV. Yo os aseguro, además, que conocí en El Cairo a la imagen viva de Nefertiti, la esposa de un emperador de hace tres mil y pico de años; es ahora mujer de un funcionario y habla inglés, además de árabe, pero tiene el mismo cuello incomparable que la estatua de su sosias lejana hizo famoso y que por ahí dicen, también, que es efecto de la estilización. Os juro que es cierto, aunque no puedo mostraros fotografías de la dama; no me atreví a pedirselas; el marido no hubiera creído nunca que el interés con que la miraba era puramente estético.

Claro está que no voy a buscar en Grecia, "nerices griegas"; ya sabemos todos que esa forma sin accidentes de la nariz no fue copia de la realidad, sino pura invención de determinado período de la creación plástica helena.

Lo que sí puedo buscar, sin peligro de

decepciones, es algunas de las condiciones humanas del griego. Y va una como ejemplo. En el lenguaje antiguo XENOS quería decir, indistintamente, huésped y extranjero. Y esta curiosidad filológica tenía un profundo sentido porque ciertamente al extranjero, por el mero hecho de serlo, se lo consideraba huésped. La hospitalidad como fenómeno natural era una forma corriente de vida. Pues bien: si hoy los términos han cambiado, no ha variado en cambio la actitud. Y eso es así, sin necesidad de decreto. Ocurre en las clases altas y en las humildes. A Ud. se lo recibe siempre con una deferencia especial. Dejéme que os narre un simple acontecido, que no me contaron. Una tarde en Hírekion salí a comprar unas postales y algún recuerdo. Los encontré, por pocos dracmas, en una tiendita de calle secundaria. Después que la transacción estuvo hecha, el propietario — un anciano sin ningún rasgo particular — se interesó por saber si había ya visitado el museo y las ruinas de Cnosos; le dije que sí y que, al día siguiente pensaba largarme hasta Festós. "¿Vive Ud. en ese hotel de ahí abajo?", me preguntó, para continuar naturalmente después de mi afirmación: "Entonces, cuando mañana vuelva de la excursión — el ómnibus lo deja en la plaza a eso de las seis de la tarde — tendrá que pasar por aquí para ir a su alojamiento. Entre, por favor. Lo espero para tomar un café, fumar un cigarrillo juntos y conversar algo". Yo debo haber puesto cara de criollo desconfiado, porque el anciano continuó: "No se asombre. Simplemente quiero invitarlo. Ya me ha comprado lo que podía venderle. No se trata, pues, de que quiera seguir haciendo negocio. Simplemente se trata de que Ud. es un extranjero y es mi deber atenderle". Y exponía ese su "deber" con tanta cordialidad, que dejaba de aparecer como tal. Hasta esa delicadeza de no agasajarme a continuación de la venta, como para que no apareciera en forma de retribución obligada era una fineza exquisita y, lo que es más estupendo, sin esfuerzo.

También la grandeza helena se hizo, desde la antigüedad, con estas pequeñas cosas. Y en busca de lo perenne de toda condición de inmortalidad, vale la pena gozarse en ellas. Y así en los monumentos, también. Pero ¿creen Uds. que la mayor parte de las emociones que se sienten — ¡y de qué manera! — al visitar las ruinas, provienen tan sólo de lo que ellas, como tales, presentan; de lo que ellas permiten imaginar? Hay mucho más: es el paisaje que las rodea y en el que están inmersas. Y al referirme al paisaje, hablo también del cielo cambiante, continuamente cambiante, inmensamente rico en tonalidades y luces, en formas de nubes, en proyección cromática sobre el mármol.

Yo sé que la característica más saliente de la vieja Grecia fue la variedad de los lugares. Costas, valles y montañas continuamente renovados para el ojo. Sé también que al recorrer el mar o las tierras griegas de hoy me encuentro con caminos, señales, casas y árboles que no tienen nada que ver con lo que antes tipificó el ámbito en el que me encuentro. Pero lo que sí se mantiene es esa condición de novedad para el ojo



El teatro de Epidauros, dentro del paisaje.

más ávido. Si volver día tras día o a distintas horas de un día a un mismo lugar — lámesse Acrópolis, Pnix o Agora — impone siempre sorpresas — pues algo ha variado y sigue variando en el ambiente, en la luz, en el color — recorrer la tierra griega es, todavía, más intensa aventura. Porque donde los ojos descubren un punto de vista maravilloso, allí es el preámbulo de otro, diferente y quizá más hermoso, que espera en los próximos metros, a la vuelta de un recodo, al cambio de nuestra mirada. Hay algo mágico en ese ambiente generoso. Y por ello, quizá, el misterio sigue latente en Delfos.

Delfos fue, en la antigüedad clásica, lugar de peregrinaje universal. Allí funcionaba un oráculo capaz de predecir todo. Allí había un antro donde vivía Pitón, el hijo de Gea; hasta allí llegó Apolo en forma de delfín. Allí, los procedimientos esotéricos de la pitonisa mascando una hoja de laurel, encaramada en un trípode por encima de los vapores del "chisma". ¿Supersticiones? ¿Engaños preparados? Sí; es cierto. Pero hoy no existe nada de eso; quedan las ruinas — también las romanas — y el lugar, que, a su vez, ha variado de estructura y de integrantes. Y cuando vamos a Delfos, no creemos en brujería, porque somos muy civilizados, muy laicos y algo conocedores de los entretelones del oráculo famoso. Pero yo os aseguro que, a poco de encontrarse en el sitio, se siente el misterio. Y que se bebe con respeto, hasta con unción, el agua de la fuente Casalia. Sobre todo ahora, que se ha encontrado la verdadera fuente. Los que iban allí hace unos años, bebían agua equivocada! Se le había atribuido el nombre a otra corriente... Y seguramente no importa recordarlo.

Si; todo esto es mucho más inmortal que lo que por tal se entiende cuando, sin pensar lo que se dice, se larga el atributo para referirse a Grecia y no se sabe, en lo hondo, qué es lo que se está diciendo, o qué real alcance puede tener el término. Pero nadie podrá comunicarnos estas cosas hablando o escribiendo o mostrando fotografías. Y, al fin, estas disquisiciones inconexas, también resultarán inútiles.

Fernando GARCIA ESTEBAN

(Especial para EL DIA)



El puerto de Nauplia, en la Argólida. En la pequeña isleta la antigua cárcel se ha transformado en hotel; y ese hotel se rige por un reglamento que ha impuesto su propietario, convencido señor de su exiguo territorio.



Fotógrafo que arriesga su vida encaramado a los andamios, frente al Bib Ben, de Londres.

ese fantasma imperturbable al que el hombre no ha podido detener, sino en la acción imaginaria de los cuantos de hadas y de las narraciones absurdas. Pareciera que lo único cierto, inmutable e invariable desde todo punto de vista, es el tiempo. Sucede a veces, cuando el tiempo es factor de ecuaciones convencionales como "a tanto por hora", que el hombre tiene la sensación de haberle ganado una carrera a su inmutable adversario; pero analiza, compara y mide, y siempre la conclusión es la misma: el tiempo ha seguido sin cambios aún como coeficiente de la velocidad, y sólo el espacio ha sido derrotado en la disputa, como dominador de la acción.

La combinación entre reloj y almaraque, ya ha sido probada por el hombre en los diminutos artefactos conocidos. Pero no ha podido prescindir por ahora del ajuste periódico, pues la derrota sobreviene infaliblemente; de "tiempo en tiempo", hay que ajustar el reloj para que el calendario siga andando sin errores. Y en los tiempos del hombre, millones de formas pueden historiarse de calendarios y relojes. La medición del tiempo data de épocas tan remotas, que el fondo mismo de la historia, de podernos dar una explicación al respecto, nos lleva

relojes de arena, a cuyo influjo se sacudió más de una vez el látigo de la esclavitud, el agua o la arena, demaraban el mismo tiempo para trasvasarse a través de un pequeño oficio, y tantas veces hacían un día. Y se siguen usando al par que Galileo realiza sus investigaciones, y Huygens las aplica, usando el péndulo para regular sincrónicamente, a través de mecanismos apropiados, el desarrollo de una determinada energía en un espacio de tiempo determinado, primero aprovechando con pesos la fuerza de gravedad, después utilizando el coeficiente de flexibilidad de determinados metales.

A través de sus millones de formas, el reloj tiene necesidad de coque y mayor utilidad. Así se van antando las más variadas formas en el anuncio de las horas y éstas se van subdividiendo. Al principio hay muy tristes anotaciones ante la desesperanza de la marcha sin retorno del tiempo, después con alegres anexiones, siempre en la esperanza de reeditar los recuerdos felices. El físico examina el tiempo y trata de aprisionarlo, pero sólo logra medirlo, subdividiéndolo en afán de precisión, de la hora al décimo de segundo, y más obligado por los progresos del hombre que va conquistando mayores velocidades.

VIDA, TIEMPO Y RELOJ

FUE más fácil dividir el tiempo chico que totaliza el día, que ordenar el tiempo grande que se cumple en el ciclo de los años. La razón fue muy lógica: el tiempo chico estaba regido por la vuela del mundo sobre su propio eje, y al cabo de ella se concretaba el día; el tiempo grande nos dependía de la órbita solar. En una palabra, el tiempo chico estaba más a la mano que el tiempo grande; quizás al tiempo chico lo medimos en acción de vida en curso y al tiempo grande lo dejamos escapar en acción de historia. Y así, en la necesidad de dividir el tiempo para mejor aprovecharlo o recordarlo, vamos viviendo entre calendarios y relojes. Vamos tratando de aprisionar en la acción de medirlo,

ría a situarlo junto a la aparición del hombre sobre la superficie del planeta.

El reloj de sol, por ser el astro rey quien determina por hora con su posición la existencia del plazo que marca un nuevo día, nos parece el más lógico de todos: tiene su ancianidad, y anotamos su existencia bajo diversas formas, tanto en las antiguas civilizaciones egipcias como en las civilizaciones precolombinas del nuevo mundo, quizás por ello tan nuevo. Pero no siempre hay sol; en los días nublados y en las noches, ante la inutilidad del reloj solar, había otros medios para medir el tiempo. Clepsidras de diversas formas, se usaron por los pueblos de las más remotas antigüedades, la edad media señala el uso común de los

El astrónomo utiliza esta subdivisión del tiempo y logra cálculos que no hubieran soñado ni los más atrevidos soñadores de la vieja ciencia. El químico mide el tiempo de sus reacciones y subdivide los caracteres diferenciales de la materia, descubriendo gracias a ello innumerables cuerpos que permanecían ocultos. El médico observa la vida y mide con la prudencia de su apostolado, el ritmo de diástoles y sístoles, las reacciones del virus, la lentitud de un cógulo y busca en incesante experiencia, utilizando las medidas del tiempo, aliviar los males del hombre y salvar su vida en muchas ocasiones. El poeta divide y multiplica el tiempo, y lo destruye deteniéndolo cuantas veces se le antoja, y logra por él

RECUERDE U.D.

El Hogar



CLINICA DENTAL YAGUARON



PROTESIS INMEDIATA
TODOS LOS DIAS DE
8 a 21 HORAS.

HORARIO CONTINUADO

Yaguarón 1533
(A mitad de cuadra)

CASI PAYSANDU

CUIDE SU DINERO REPRE SU

CITROËN o RENAULT

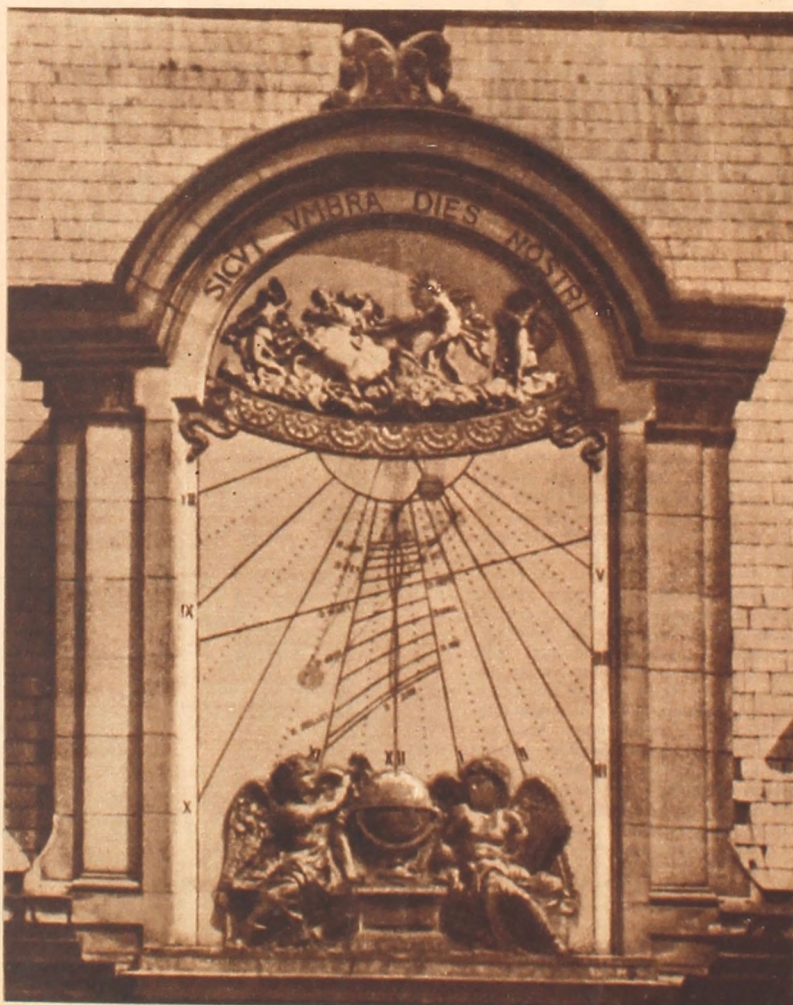


En un Taller Especializado Personal con más de 10 Años de Experiencia

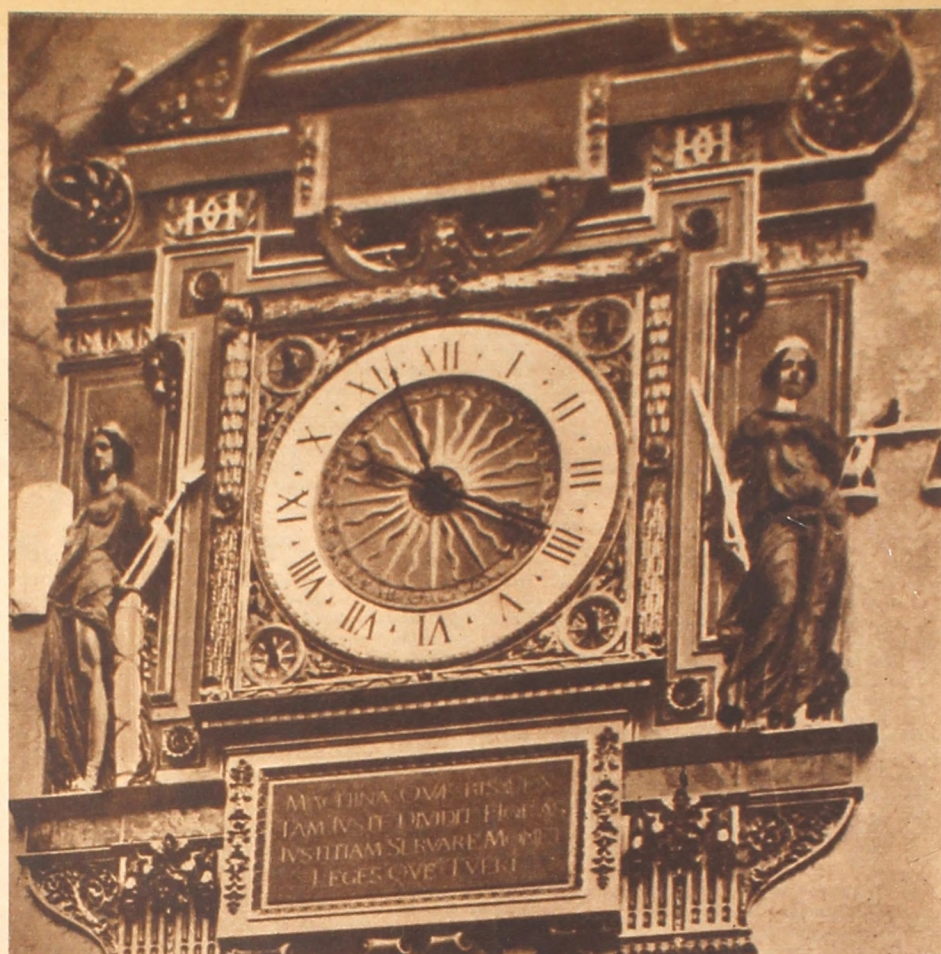
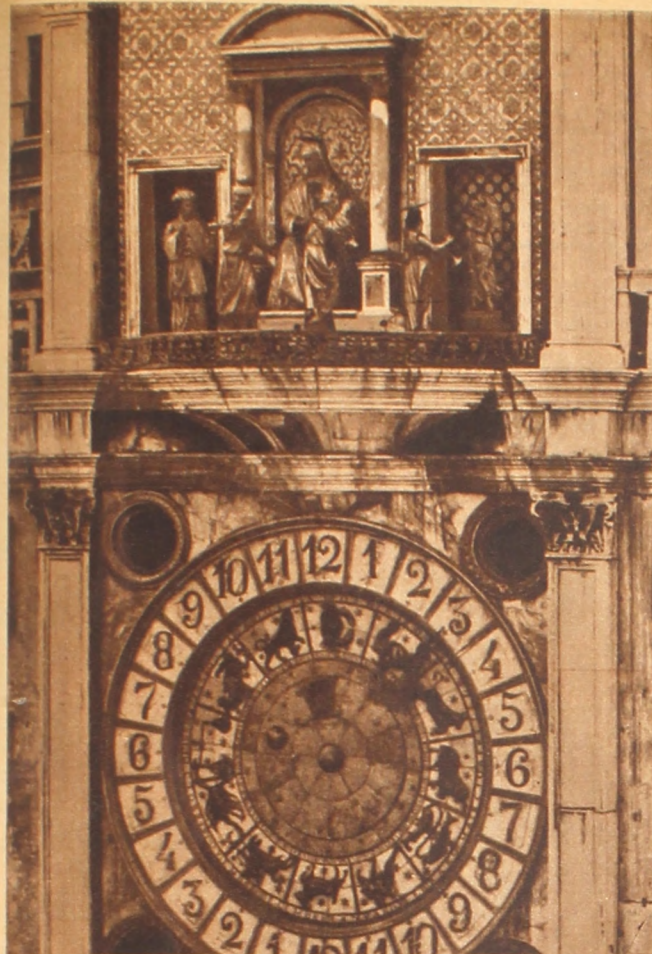


Stock Permanente de Repuestos
Pintura, Lavados, Engrases, Mecánica, Electricidad, Chapa

GARCIA VARELA Ltda.
GALICIA 1428 Y MEDANOS - Tel. 40.45.30



Cuadrante solar del siglo XVIII, encontrado en la antigua Chacarita de los franciscanos en el Bañado de Flores (Bs. Aires.)



Italia adoptó la reforma de la hora, como todos o casi todos los países beligerantes, y el histórico reloj de la Plaza de San Marcos, en Venecia, habrá pasado sobre una hora imaginaria, inscrita en la esfera.

Este reloj sobre la fachada del Palacio de Justicia, de Francia, contó y señaló las horas de Bouvines, de la San Bartolomé y del Terror; las horas de Valmy, de Austerlitz y de Waterloo; las del Marne, del Yser y de Verdún.

Los motivos del hombre y la alegría de sueños imposibles, la belleza de las horas. El artista, aplica su visión de maravillosas concepciones y nos va brindando en la belleza de viejos y nuevos relojes, el fruto de sus horas, y la pausa aparente de olvidar lo trágico de la marcha sin descanso a que el tiempo nos ata y de la cual no podremos desprendernos nunca. El viejo reloj de Estrasburgo, instalado en su vieja catedral, data del XIV; en complicada adaptación a exigencias legales, durante la guerra no detuvo su marcha. Venecia, con su reloj de San Marcos, objeto de verdadera devoción. La Sorbona con su cuadrante solar. El complejo reloj de Berna, que asoma sus complicadas maquinarias a las indicaciones directas del padre Sol. Cada uno de ellos preside la vida de sus respectivos pueblos. Son parte de esa vida. Y son parte de su muerte, cuando el desarraigo de la guerra en la impiedad de los bombardeos acaba con el tiempo de los hombres y destruye los relojes del tiempo. Pero algo queda en pie, la sombra de un solo hombre, un solo muro, una sola columna por pequeña que sea, está determinando un reloj de sol, le está fabricando un nuevo reloj le está obligando a medir sus horas y aprovechar su tiempo.

"Hay para cada cosa su tiempo" i dudablemente. Miramos el pasado y nos detendremos agradados en los viejos relojes conocidos y por ello queridos. Ahí está el viejo reloj del Convento de San Lorenzo, cuyos latidos mecánicos se unieron a los del Gran Capitán, señalando la hora de la victoria y el camino de la libertad. Es reliquia que nunca dejará de ser grata al alma argentina. El triple reloj de sol del Pañado de Flores, que contempló las ruinas, en tierra que se llamó la Antigua Catedral de los Franciscanos. El carrilón del reloj del Consejo Deliberante. Los relojes de sol del Jardín Botánico y de la Plaza Lavalle. El viejo reloj del Padre Alegre, existente en San Francisco. Los relojes solares que han recogido del Museo de Luján, uno de ellos perteneciente al Convento de Santo Domingo. El hermoso y moderno reloj de Corrientes y San Martín. Y la emoción de los viejos relojes patricios de nuestros museos, más de uno detenido para siempre por la misma bala que detuvo la vida de su dueño.

Las horas marchan implacables. El reloj no tiene compasión del hombre y va regalando víctimas al calendario. El hombre aprendió a medir el tiempo y no pudo detenerlo. Pero aprendió que la vida es precioso recurso de ese otro hombre que asido al trámite implacable de la filogenia, podemos perfeccionar con el fruto de nuestra experiencia, con el mejor de nuestros trabajos: saber que el tiempo pasa y aprovecharlo en beneficio de la colectividad.

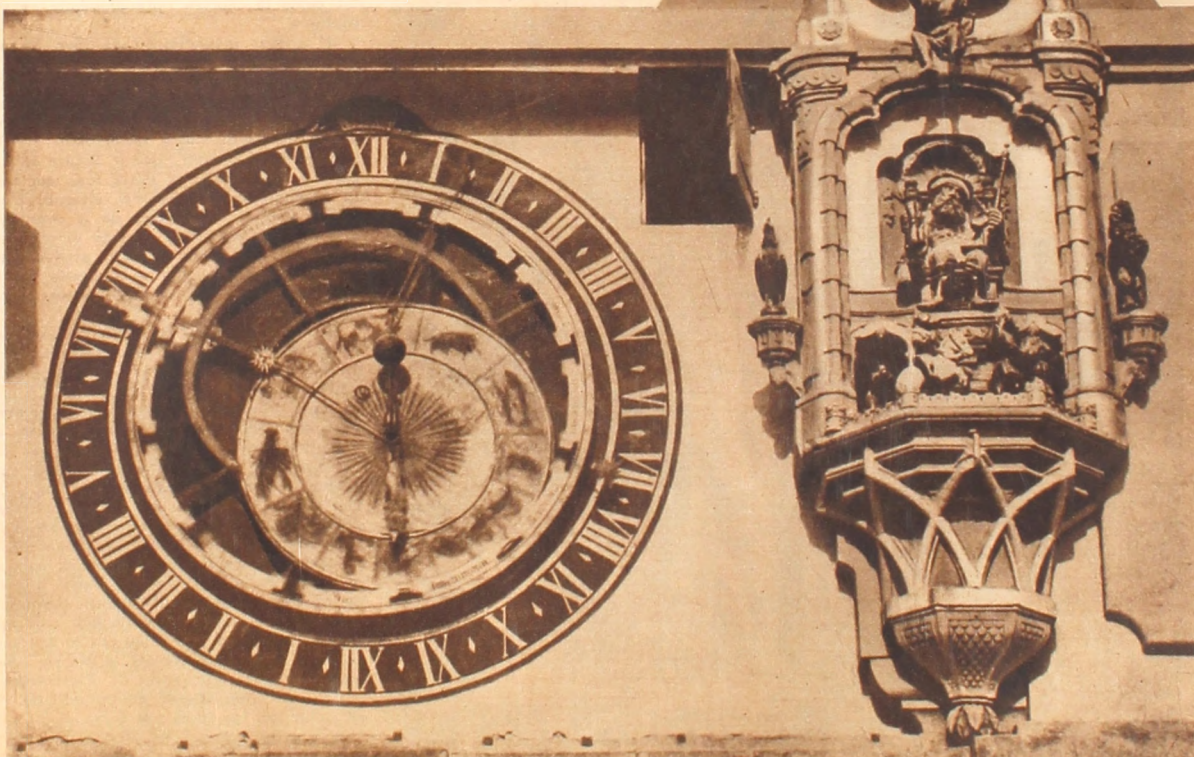
Y dejar de jugar con el reloj de la vida. Porque en él, como en los relojes de los hombres, cuando en juego de niños nos empeñamos en disminuir o acelerar su ritmo hasta que las agujas se disparan sin con-

tralor, deteniéndose en cualquier etapa del tiempo, es para siempre.

Jorge MOSIALANO.

(Especial para EL DÍA.)
Buenos Aires, 1959.

Un célebre reloj, el de Berna, cuya esfera de 24 horas está acoplada a un cuadrante solar, por el cual se rige.



UNAMUNESCAS

El político, escritor y periodista español en exilio, Eduardo Ortega y Gasset, ha publicado en Argentina un libro titulado, "Monodialogos de Don Miguel de Unamuno". Don Miguel y Eduardo Ortega y Gasset convivieron, desde 1924 a 1930, el exilio que les impuso el dictador general Primo de Rivera, dictadura prólogo de la franquista, segunda edición de aquella aumentada de incorrecciones.

Desde 1924 a nuestros días han pasado muchas cosas, algunas de ellas, acaso las de mayor trascendencia para la estructura política del mundo, tienen su origen en la guerra española. ¿Se dio cuenta Unamuno del contenido devenirista de nuestro drama? Su grito se ahogó en el ambiente de la cárcel, su casa, que le impuso el franquismo, y las pocas visitas que recibió no descubren la autenticidad de sus preocupaciones, aunque acentúan su desesperación agonizante.

Y el caso es que Unamuno murió por angustia de silencio. Era un espíritu comunicativo. Uno de esos espíritus que necesitan de interlocutor para dar cauce a su pensamiento, aunque luego prefieran quedarse solos en su monodialogo. Uno de esos espíritus cuya obra hablada es superior a su obra escrita. Sócrates fue uno de ellos, y tuvo la suerte de un discípulo como Platón que dio cuerpo a su pensamiento. Otro fue Jesucristo, con la suerte de sus discípulos evangelistas. También Goethe, que tuvo en Eckermann el gran cronista de una parte de sus conversaciones. Oscar Wilde fue otro gran espíritu de palabra viva, y lo que de él nos cuenta Frank Harris en su "Vida y Confesiones de Oscar Wilde", nos hace más lamentable lo que la vida del espíritu se perdió al no tener el autor de "De Profundis" un fiel secretario anotador de sus epigramas.

El libro de Eduardo Ortega y Gasset pertenece a esa categoría de obras encaminadas a interpretar los fundamentos espontáneos de un espíritu genial, vidente, de hombres cuya inquietud alienta preocupaciones

trascendentes ante el panorama de las cosas. Libros que son como apéndice a la obra escrita, con la ventaja de que no son una mera acumulación de teorías sino el aporte inédito que nos habla muchas veces de la intimidad del autor, medio por el cual llegamos a la autenticidad de su pensamiento, no expresado antes ante el temor de no llegar a la capacidad o tolerancia de la opinión pública, y también, a veces, por íntimo pudor espiritual.

Quisiéramos destacar primeramente la introducción que Eduardo Ortega y Gasset aporta en su libro. En ella nos recuerda la polémica, allá por la primera década del siglo, que sostuvieron su hermano José y Don Miguel:

"Amargo remordimiento han de experimentar muchos españoles por no haber sabido oír a tiempo estas voces transidas de conciencia española, de penetración, de trascendentes puntos de vista en cuanto al futuro de España".

Cierto que en aquella polémica alentaba la dual contradicción de dos espíritus alertas del devenir hispánico que, conjugados, hubieran podido establecer las corrientes dialécticas de la cultura española en su doble contenido terrigeno y universal, pero otra cosa nos deparó el destino. A veces, volviendo nuestra meditación al dramatismo, de nuestro pueblo, vemos acentuada su identidad con los rusos. En Rusia, en las postrimerías del siglo XIX, hubo también una polémica de gran significación histórica, entre Dostoevski y Turguenef, el primero empeñado en convertir la rusofilia en principio normativo de la cultura y la política rusas, el segundo deseando incorporar a Rusia a la corriente general de Europa. Mutatis mutandi lo que preconizaban Unamuno y Ortega y Gasset para España. ¿El mal de España, como el de Rusia, estribaría en no haber asimilado el modo de ser europeo, vueltas siempre sobre sí mismas? Sin embargo, los dos países que dan tono a Europa, Francia e Inglaterra, son Estados que se caracterizan por el exclusivo cultivo

de su personalidad. Esto nos demuestra que no hay vivencia europea donde previamente no ha existido un moroso cultivo de la personalidad nacional. Y la paradoja es clara. Rusia, convertida en sí misma, cultivando el demonio de su vida interior, demonio de terrores, el del atormentado Dostoevski, ha conquistado uno de los primeros puestos de la política mundial, mientras que España, por esa vía de introversiones, dando la espalda al mundo, se ha convertido en un Estado mendigo de empréstitos, incapaz de obrar por sí mismo en la conmoción internacional. Y otra contradicción: que mientras el pueblo ruso parece que acata la servidumbre, el pueblo español vive en estado permanente de rebeldía, aspirando

quisidor, un gran inquisidor que todo lo consumía con la portentosa llama de su espíritu. Por eso escapó rápidamente y se estableció en Hendaya, para poder contemplar su áspera España.

Su tercer monodialogo se refiere a "la grandeza de lo finito". Unamuno era un poeta a lo filósofo o un filósofo a lo poeta, es decir, poeta o filósofo asistemático, y en ambos aspectos, como se dice ahora, existencialista, de un existencialismo agónico, tal como él lo entendía en su libro "La Agonía del Cristianismo". En este monodialogo el pensamiento de Unamuno, según lo transcribe Eduardo Ortega y Gasset, es definitivamente agónico:

"El Universo sufre la angustia de no po-



Unamuno con Indalecio Prieto, en Madrid, año 1931.

a una vida mejor, pese al pesimismo de Unamuno que siempre fue escéptico en cuanto a la capacidad liberadora del pueblo, tal como lo expresa reiteradamente en sus cantares.

El primer monodialogo de Don Miguel de Unamuno que recoge Eduardo Ortega y Gasset se refiere a su nostalgia de la isla canaria de Fuerteventura, donde lo confinó Primo de Rivera y de donde se fugó a bordo del bergantín-goleta rebautizado con el nombre de "Libertad", que le fletara el diario "Le Quotidien", de París, fuga que tanta repercusión internacional alcanzó. Unamuno, además de renegar de la compañía que le cupo en suerte durante el confinamiento, de Rodrigo Soriano, acaso porque éste, polemista acérrimo, no se prestaría, en la forzada convivencia, al mero papel de escuchucha, dice:

"El clima ardiente de Fuerteventura pone en la naturaleza un gesto sediento pero grato y sano. Diría que es un clima prehistórico, de alguna época interglacial. La isla es como un esqueleto tendido sobre el mar. Pero los conocedores de belleza es en el esqueleto donde la advierten. Hay que saber descubrir en una calavera una hermosa cabeza de mujer. El paisaje es árido y de una belleza evangélica. La sed de los campos es trágica y de ahí esa enjuta rigidez".

El segundo monodialogo se refiere a su presencia en París. Dos fisonomías contradictorias, París y Unamuno. París, a fuer de supercivilizado, es decadente. Unamuno es un bárbaro culto. En París todo son matices. Allí las cosas no valen por lo que son sino por lo que puedan ser, y hay un tono escéptico en la valoración de los hombres y las cosas. Don Miguel, contrariamente, es un definidor, las cosas son como él las define, y si no son así es porque no tienen derecho a ser. En cierta medida era un in-

derse morir, y de estar siempre moralmente enfermo, como, con su herida incurable, el inmortal Centauro, Quirón. Lo cierto es que no recuerdo haber visto por nadie expresado, al menos con este sentido trascendente en su reveladora paradoja, el que lo finito se presta para alojar la idea y la conciencia, como superior a lo infinito y eterno que es inerte e inconsciente. Acaso por eso, en los misterios de la religión católica y otras de las que recibe remotos influjos, Dios tiene que hacerse hombre para lograr la conciencia. Es el verdadero acto de creación. Antes de que un cerebro concibiese su idea no se puede decir que existiera. La luz, sin pupila, es tiniebla... Yo me he preguntado en mi juventud, cuando mis primeras lecturas ingenuas del Gran Libro, si habría que interpretar ese pasaje ("Sea la luz y fue la luz") más bien en el sentido de que las bíblicas palabras querían decir de una manera implícita que Dios había creado las primeras pupilas capaces de distinguir entre lo tenebroso y lo lúcido. La luz por sí sola, de otro modo, continuaría siendo tiniebla... Tengo en cuenta —esto es muy importante para lo que acabaré por decir— que la humanización es un camino de divinización. Es un ascenso gigantesco en la cumbre de cuyo Sinaí acaba por aparecer Dios... La divinidad será la creación última del Universo... no es Dios el que con actos de voluntad y de poder, lanzados sus creadores "fiat", ha hecho al mundo y al Universo, sino que es el Universo el que entrañablemente está criando al Espíritu de Dios... El hombre, posiblemente, es el precursor de Dios".

Este mismo contenido agónico se advierte en el cuarto monodialogo sobre "la inmortalidad". Constante preocupación de Don Miguel signo a su vez de su personal deseo de inmortalidad. El deseaba desde siempre



RIO ABAJO

GIRANDO, casi sobre la isla, se llamaban gaviotas en la roche. El viento llevaba en medio de la lluvia que castigaba árboles, sus gritos, mezclándolos con el ramaje, inquieto en su hamaca.

El farol oscilante alumbró por momentos la "cancha" negra en restos de carbón y el hombre que llegaba corriendo seguido de su perro.

Un golpe dado en la puerta de la choza, cerró de nuevo las sombras, afuera.

Chorreante, el agua se escurría desde los oscuros cabellos caídos en la frente, por la camisa abierta sobre el pecho y los pantalones remangados más arriba aún de la rodilla.

—Ta creciendo feo —dijo Leoncio— dentro e'poco vamo andar boyando.

Su mujer, con el farol colgante al final del brazo, lo miró callada.

Instintivamente se acercó a él, tomándolo de la cintura. El perro tiritaba apegado a sus piernas.

—Si pudiéramos cruzar la correntada en el bote; pa mañana e'tar-le tapa todo.

Se hundían las miradas, estremeciéndose allá en el fondo, en una caricia temerosa.

Faltaba poco para el alba retardada. Desvelos sucesivos los tuvieron despiertos desde que el crepúsculo se fue durmiendo en un fangal. Las oscuras aguas se arremolinaban en las camalotes hasta que los cubrieron. Pasaban rápidas, arrastrando resaca y pedazos de troncos.

La lluvia seguía, incansable desde días anteriores.

Leoncio y Elsa tirados sobre el catre no sabían qué decirse.

El pensaba y ella le acariciaba la cara húmeda. Tres meses en la isla... Árboles tumbados en un desgarramiento del monte, hornos humeantes, bolsas y bolsas en la balsa. En uno de esos viajes vino ella. El viejo Marcelo les hacía cuentos mientras remaba.

—Ah, si, si, m'híita, si te esperas un ratito más te hago el relato completo.

Mira que tenía "chispa". Era capaz de hacer reír al diablo. Después... cosas de correntada, chusmerías.

Elsa fue entornando los ojos hasta que el cansancio los cerró. Su mano abandonada se recostó en la cara de Leoncio.

Si ten siquiera estuviera solo, ahora. Ya se habría ido con los muchachos el día anterior. Habían "bombiao" la tormenta y marcharon. El río tenía ruidos extraños. Con sus olas parecía una culebra interminable que seguía hacia abajo. El cielo negro... Ellos por qué no se fueron...? Ni él mismo llegaba a comprenderse

Abrió la puerta y alumbró. Por la "cancha" encharcada corría el agua. Amanecía...

Llamó a Elsa que se despertó con sueño aún. Incorporándose llevóse las manos a la cara y suspiró.

—¿Qué hacemos?

—Cruzamo en el bote. Ta tapando la isla.

Hicieron un atado. El perro los miraba con ojos idiotas meneando la cola. Salieron. El candelado se cerró como un cangrejo. La lluvia los cubría. De vez en cuando un trueno llegaba igual que el ruido de los barrenos de la cantera.

Caminaban entre el agua. El bote se hacacaba preso de la cadena. Leoncio tiró de ella. Elsa trepó y con una lata lo fue vaciando. El arregló los toletes y subió al perro. Allá se veía la otra orilla...

Se hundieron los remos. Los pies se afirmaron en el piso. La proa hizo un tatuaje oscuro. Elsa se persignó... El bote hacia "agua".

Iban río arriba, costeano la isla. Cuando llegaron al extremo ya inundado, giraron. Los empezó a trabajar la corriente como si estuvieran jugando a las "pulseadas". Se travesaban troncos, resaca y animales ahogados. Flotando...

Casi al centro. Esfuerzos... angustia... miedo...

El fondo era un manantial. Elsa no daba abasto. El bote comenzó a hundirse.

—Vía pedir auxilio. Te vas agarrada que a vos te aguanta. Te alcanzaremos pronto.

Con una mano se aflojó el cinto dejando escurrir los pantalones. Sólo la camisa. Menos peso.

—Ta tranquila.

—Despacio se largó. Los brazos fueron una hélice. Ella lloró...

El perro quiso seguirlo. Elsa lo vio luchar y luego perderse en un remolino.

El agua estaba fría. Queriendo atravesar la corriente lo llevaba en línea inclinada. Pensó que llegaría unas cuabras próximas a lo del viejo Marcelo. En la chalana grande la alcanzarían pronto.

Se fueron endureciendo los miembros, los movimientos se tornaban pesados, la respiración forzada. Los pies querían caérsele.

Aún pudo mirar. Ella se alejaba, apenas se veía. Era un punto. Ya no se veía, ya... Tragó agua una vez... dos... tres. Luego se hundió manoteando lo mismo que el perro.

Río abajo, doblando un recodo, Elsa tampoco lo veía.

Ricardo Leonel FIGUEROA

(Especial para EL DIA)

ser inmortal en carne y hueso. ¿Y ahora? Dijo él: "El fin de la vida es a mi juicio hacerse un alma, un alma inmortal. Esta alma ha de ser su propia obra". Sin citarlo, coincide aquí con la tesis de su trágico compañero de juventud, Angel Ganiwet, en su obra "El escultor de su alma". En cuanto a la búsqueda humana para evidenciar la inmortalidad, dice:

"Cuando las gentes piden con angustia pruebas de algo trascendental, es casi siempre porque tienen a la vista demasiadas pruebas contrarias a aquello que quisieran ver demostrado. Se busca una ceguera para no ver lo que se tiene delante, o unos rayos X para ver más allá del muro. Pedimos, exigimos pruebas contra las evidencias... Aunque el universo sea eterno, si no engendra más que cosas que no lo son, acaso no merezca ese título en plena exactitud. Cada cosa engendra su semejante. Habría que establecer otro concepto intermedio. Si incidieramos en discurrir con silogismos como en la vieja Salamanca, diríamos: cada ser engendra su semejante. Como el universo no engendra ni produce más que cosas finitas... ¡no puede ser infinito!... El alma es una creación del hombre en su respiración hacia la humanidad superando el tronco animal, la base de bestialidad, en la que ha injertado su voluntad de elevarse, de humanizarse".

Monodílogo interesantísimo el titulado oel "ámbito hispanoamericano". Habla Unamuno de las causas de la decadencia política de España y dice:

"Para mí los más grandes triunfadores de Hispano América fueron Simón Bolívar, Sarmiento y Martí... ¡Cómo, los enanos de casa y llave del Palacio de Oriente (Madrid) iban a comprender a Martí, ni a la España gigante! Sólo les cabía en su mente

de pigmeos una España enana también, la cual hacen cada vez más pequeña con su crueldad e intolerancia... si tampoco pudieron comprender a Riego, ni a ninguno de los que sucesivamente han representado una aspiración popular!... Día llegará que, al fin, uno de estos generalotes, después de haber expulsado a todo el mundo, arrastre su sable por la plaza de un pueblo español, y por no estar de acuerdo consigo mismo zanje su hemiplejía pegándose un tiro..." (Se refiere Unamuno a la expulsión de Judíos y Moros y al odio a las nacionalidades de Cataluña, Vasconia y Galicia).

Otros monodíálogos, todos ellos muy unamunescos, se refieren a "Las Pajaritas Hablan", "Tradicionalismo, Cruzadas y Encrucijadas sin Cruz", "Muchedumbres y Multitudes", "Unamuno y Pierre Loti", "El alma de Remo" y "Monodílogo de la Utopía de Hipodamus". Pero queremos terminar este comentario refiriéndonos a la "Pasión y Muerte de Don Miguel de Unamuno", con la que Ortega y Gasset termina su libro, referirnos sólo, porque hablar de cómo murió don Miguel de Unamuno, con su pasión de hombre agónico, luchador con lo efímero para alcanzar la inmortalidad, será objeto de otro comentario, y nos referiremos al alma traicionera de ese espíritu decadente que fue Jean Tharaud, que cita Ortega y Gasset, y al del griego Nikos Kazantzaki, los dos últimos escritores europeos que Unamuno recibió en su casa durante el mes de noviembre de 1936, un mes antes de su muerte, que él quiso aprovechar para transmitir su mensaje al mundo y que o no lo entendieron o tampoco entendían lo que se estaba ventilando en la guerra de España.

F. FERRANDIZ ALBORZ.

(Especial para EL DIA).



Unamuno en Fuenteventura, (Canarias, año 1924.)



Lope de Vega escribió su ingente obra en un estilo natural y elegante, sin ramplo-nerías ni rebuscamientos.

EL TEMOR A LA EXPRESION VULGAR

Es mucho más difícil de lo que parece el expresar los asuntos cotidianos y aun las más elevadas concepciones del pensamiento, sin valerse de los moldes comunes, de los clichés manoseados. Hay palabras que parecen haber nacido para una asociación determinada; han formado hechos lingüísticos indisolubles. Tanto el periodista de tres al cuarto, como el político de circunstancias que improvisa un discurso parlamentario, como el sesudo pensador que medita un ensayo en la quietud de su estudio, no pueden dejar de emplear para ciertos fines, otras expresiones distintas de las siguientes: "postulados de la democracia", "provoca una reacción favorable", "interesa por todos conceptos", "lo reclaman las fuerzas vivas del país", "ejerce una acción eficaz", "viene a llenar un vacío", "su vida fue un ejemplo de virtudes ciudadanas", etc. Los ejemplos son copiosos.

El horror al lugar común ha creado los culteranismos y los conceptismos de todos los tiempos. Convergamos que entre el lenguaje corriente, claro y expresivo y el rebuscamiento cultista, la elección no es dudosa. Desdichado momento tuvo el poeta cuando para huir de lo liso y llano, llamó a la vaca "la esposa dócil del celoso toro". Las personas de buen gusto no soportan que a la lluvia se le llame *precipitación pluvial*, al basurero recolector de los residuos domiciliarios, a gobernar empuñar el timón de la nave del estado y otras expresiones con ribetes de cursilería.

La metáfora, recurso casi obligado en poesía, se presta al lugar común. En casi todas las escuelas literarias del llamado "estúpido siglo XIX" y aun en muchas de principios de la actual centuria, estaban de moda tropos que hoy nos resultan ridículos

por lo manoseados. Ningún poeta moderno o modernista, se atreve a usar actualmente aquellos piropos estereotipados de *labios de coral, dientes de perlas, cuello de cisne, manos de nácar, cintura de palmera y mejillas de rosas*.

El lugar común de las citas mitológicas está asimismo en completo desuso. Daría grima ver que alguien se refiriera al *caro de Apolo, al arte de Euterpe, al templo de Talía, a las furias de Eolo y a la parca inexorable*.

Si en algunos aspectos del habla podemos ser originales, en otros, en cambio, estamos tiranizados por el lugar común. Es dificultoso prescindir de los que engraban los discursos de ciertas categorías. He aquí una lista de los que son casi ineludibles: "he tenido el inmerecido honor de ser designado", "carezco de la elocuencia necesaria", "otro con más aptitudes que las mías habría dado más brillo a esta ceremonia", "invisto en este congreso la representación de", "O si no, el consabido comienzo de las cartas: "acuso recibo de su atenta", "deso que al recibo de la presente", "tomo la pluma para comunicarte", etc.

No reneguemos del lugar común ni le cantemos alabanzas. Como de ciertos fenómenos sociales, podemos decir de él que es un mal necesario. Todo el arte radica en engarzarlo hábilmente, o en manejarlo con maestría para que no se advierta su vulgaridad, y para que, como ciertos cómicos vestidos de reyes, tenga la prestancia y la majestad necesarias para la dignificación de las letras.

Alberto RUSCONI.

(Especial para EL DIA.)



En su juventud, Menéndez y Pelayo fue tenaz opositor al culteranismo gongoriano.

TODO literato que se precia huye de los lugares comunes, es decir, de las palabras y giros triviales y adocenados. Prefiere el material escogido, la expresión original y artística.

Las "preciosas" de Molière eran ridículas, porque se divorciaron del mundo tal cual es, concreto y sensible, por temor a la vulgaridad. Toda huida de lo común y corriente, hace caer con frecuencia en lo in-

comprensible, en la extravagancia, en una rebuscada singularidad en pugna con la verdadera creación artística.

El fenómeno aparece en todos los ciclos de la cultura literaria. Cervantes escribe su alambicada obra "Los trabajos de Persiles", porque sus colegas encontraron vulgar el estilo del "Quijote" y "Las novelas ejemplares". Góngora diseñó a Lope de Vega, al "Lopillo" de su conocida burlona composición, porque éste ignoraba los recónditos primores del latín erudito. A su vez, Quevedo, eximio dominador del castellano, despreció a Góngora porque carecía de su riqueza y variedad.

El afán de buscar la nota peculiar ha conducido casi siempre al amaneramiento y a la artificiosidad; raramente a la creación de una obra estimable. Se ha dicho con harta frecuencia, que el autor de las "Soledades", impopular en sus comienzos frente a célebres contemporáneos, escogió las palabras cultas y los giros insólitos para esquivar el linfatismo de una retórica petrificada. En virtud de ello, Menéndez y Pelayo expresó que Góngora se había atrevido a escribir poemas sin asuntos, sin poesía interior, con el único motivo de salirse de los caminos trillados del menester literario.

Flaubert escribió un libro destinado a burlarse del lugar común. El autor de "Salambo" se pasaba meses y años puliendo y reuliendo sus páginas para no repetir un vocablo y eliminar las locuciones manidas. No obstante esta labor de paciente orfebre, el crítico Emilio Faquet señaló muchas imperfecciones formales y desmayos de la frase en la tersa prosa del gran estilista, reputado como uno de los más pulcros literatos de la Francia del siglo XIX.

¿Quieres leer?

POR

José H. Figueira.

El "excelente libro primero" y "guía inapreciable", en la valoración de Vaz Ferreira.

1 tomo de 162 páginas,
con 145 ilustraciones,
encuadernado:

\$ 2.30

NUEVA EDICION
ACTUALIZADA

Tarzan

por **EDGAR RICE BURROUGHS**

DURANTE LA AUSENCIA DE TARZÁN, UN FEROZ LEOPARDO SALTÓ SOBRE EL MAHARAJAH VOLTEÁNDOLO CON LAS GARRAS.



Y JACKSON SOLAMENTE CONTEMPLÓ... PORQUE ESPERABA QUE EL FELINO VENCIERA AL INDU.



AFORTUNADAMENTE, LOS GRITOS DE ANGUSTIA DEL MAHARAJAH LLEGARON HASTA TARZÁN.



Y SU FLECHA DIÓ EN EL BLANCO.

POR QUÉ NO DISPARO? "PREGUNTO" EL HOMBRE-MONO ASPERAMENTE. JACKSON TARTAMUDEO: "YO, YO TENIA MIEDO DE MATAR A MI CLIENTE..."



"ES UNA CHANCE QUE DEBERÍA HABER APROVECHADO," REPLICÓ TARZÁN. "SHEETA LO HUBIERA MATADO DE TODOS MODOS"

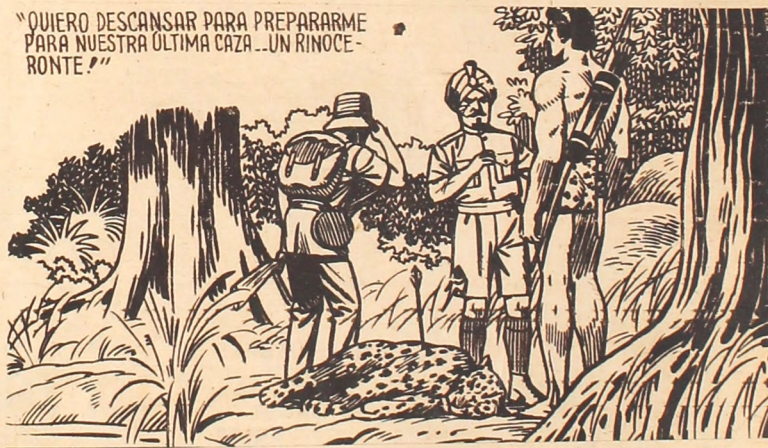


VICK
VAN BUREN
JOHN
CELAPO

"ESTÁ BIEN" DIJO EL HINDÚ. "ESTOY SEGURO DE QUE NO QUISO HERIRME. AHORA VOLVAMOS AL CAMPAMENTO CON EL TROFEO?"



"QUIERO DESCANSAR PARA PREPARARME PARA NUESTRA ÚLTIMA CAZA...UN RINOCE- RONTE?"



Nutre,
vigoriza,
fortalece.

TODDY

No tiene,
ni puede
tener similares



OFERTAS ESPECIALES

PARA TODO EL

TURISMO

QUE PARTE Y LLEGA POR
LAS 3 AVENIDAS Y



CASA MATRIZ Avda. Agraciada 2302
TELEF. 20 09 61

SUC. GOES Avda. Gral. Flores 2341
TELEF. 2 42 00 - 2 43 00 - 2 44 00

SUC. CORDON Avda. 18 de Julio 1601
TELEF. 40 41 11

SECCION DAMAS

1 - Original casquito en rafia, diversos colores \$13.60

2 - Indicado para sport es este saquito en punto de lana Lancarino, tonos del momento \$31.50

3 - Pantalón en tela pilot, modelo de actualidad en diversos tonos. Talle 52 \$41.00, talles 44 al 50 \$38.50

4 - Práctico bolso en tela rayada, interior de plástico \$6.90

5 - Novedosa casaca con cuello y bolsillos, en fino punto de lana de modernos colores \$25.50

6 - Short de corte moderno en variedad de colores, realizado en brin de rayon. Talles 46 al 50 \$13.50

Aumenta proporcionalmente hasta talle 58

7 - Golillas de seda natural, gran variedad de diseños y colores, c/u \$7.20

8 - Moderno cinturón en cuero blanco con detalles en colores, c/u \$11.50



SECCION NIÑOS

1 - Camisola para niñas, en brin de rayon combinado con Zephir a cuadritos. Talles 2 y 4 \$9.50

Aumenta \$0.80 c/dos talles

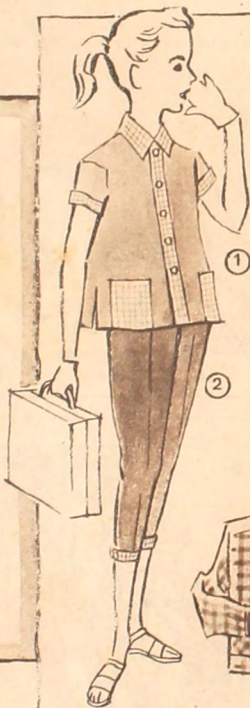
2 - Moderno pantalón pescador en tela Glen de diversos colores. Talle 2 \$5.50

Aumenta \$0.50 por talle

3 - Camisa manga larga en variados colores de tela Glen a cuadros. Números 33 al 36 \$14.50. Números 26 al 32 \$13.50

4 - Para varón, short en brin de rayon en amplia variedad de colores. Talle 4 \$5.20

Aumenta \$0.50 c/dos talles



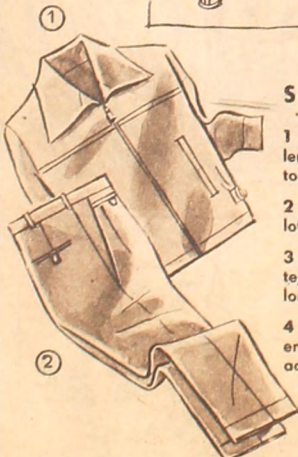
SECCION HOMBRES

1 - Campera en rayon, excelente calidad, diversidad de tonos \$30.00

2 - Elegante pantalón en tela pilot, variedad de colores \$35.00

3 - Práctico cardigan en suave tejido interlock, numerosos colores \$21.00

4 - Camisa sport, manga larga, en fuerte tela Glen, diseños de actualidad \$17.50



NUESTRAS 3 CASAS
PERMANECERAN
ABIERTAS
DURANTE LA SEMANA DE TURISMO.

PROGRAMACION DE CASA SOLER. - Sensacional presentación de la orquesta de JUAN D'ARIENZO, en la programación para marzo de CASA SOLER. - Todos los lunes y viernes a las 21.30 por CX 16 Radio Carve. - Todos los jueves a las 21.30 por SAETA T.V.

CLIENTES DEL INTERIOR: Dirijan vuestros pedidos a nuestra Casa Matriz - Av. Agraciada 2302 y M. Sosa.

